

NORMAN WALTER MATÍAS
ANTES DEL AMANECER



NORMAN WALTER MATIAS

ANTES DEL AMANECER

(emch)^{*}
EDITORIAL
MUNICIPAL
CHIVILCOY

Matías, Norman Walter
Antes del amanecer / Norman Walter Matías. - 1a ed. - Chivilcoy :
Municipalidad de Chivilcoy, 2018.
132 p. ; 21 x 14 cm.

ISBN 978-987-4427-02-1

1. Literatura Argentina. I. Título.
CDD A860

Intendente Municipal: Dr. Guillermo Britos

Secretario de Cultura y Educación: Dr. Adrián Vila

Director de Educación: Ing. Eduardo de Lillo

Coordinador de Cultura: Daniel Guala

Junio 2018

Editorial Municipal de Chivilcoy

Mención especial del Concurso de Nouvelle EMCh 2018

Diseño y diagramación: Federico Capobianco

Obra de Portada: Walter Norman Matías

ISBN 978-987-4427-02-1

Impreso en **ilustre Digital S.R.L.**

Av. Sarmiento 291 – Chivilcoy - Bs. As. - Argentina.

IMPRESO EN ARGENTINA

Queda hecho el depósito que marca la Ley 11.723

Prohibida su reproducción total o parcial.

Antes
del amanecer

CAPÍTULO I

El frío invierno en los suburbios de Paso del Rey es atenizador, inclemente e impiadoso, más aún en los recodos bajos del río Reconquista donde Florentino Fuentes vivía con su joven familia. La casucha, apostrofada a metros del agua verdosa; una sala grande y cochambrosa egida con chapas viejas de zinc, más dos habitaciones y baño de ladrillos sin argamasa, resultaban su mansión babilónica, lo que podía tener en su humilde subsistencia, igual a otros que residían en aquel radioso abanico, tan pobres como él. Un lugar donde no existen cloacas, agua potable, barrido y limpieza; donde las calles mostraban un foco perezoso en cada esquina y, los gallos cantores, como único reloj viviente, despertaban al obrero todos los días al amanecer.

Para obtener corriente eléctrica, suministro esencial, pero caro, muchos recurren a métodos de inteligencia suspicaz y, calentarse el cuerpo es, a veces, amontonarse en una cama, taparse con cientos de frazadas, echar vapor de la boca a las palmas.

En miles de oportunidades, Florentino, después de cartonear en madrugada, recolectaba líneas de pesca que tiraba en la noche alta sobre el caudaloso río tras su casa y, de ellas, con suerte, traía

un bagre o dos. Su esposa hacía una fiesta con esos pequeños cetáceos color barro a los que introducía en una olla para transformarlo en salsa o sopa, o al sartén, bien sazonados con el fin de mitigar el sabor acre.

Aquella oportunidad había armado una línea más y pesco otro gordo bagre y una tararira hermosa, como de tres kilos, pero muerta: tan muerta como imaginaba su futuro. Algo en el pez, en sus ojos fijos, estatuarios, aquella mortaja de escamas platinadas tan parecida a la punta del cuchillo con que las destripaba, acometió de pronto un sentido pesimista de sí mismo. Resulto, claro, un devaneo abstracto, una singularidad personal. Le cruzó por la cabeza la idea de que el pez pudiera estar enfermo, aunque lo descarto de plano puesto que si había mordido el anzuelo es que tenía hambre; ningún pez enfermo come. “Lo voy a filetear, are milanesas”, se consoló.

Sin embargo, algo de razón tenía su otra parte de la mente esotérica, o quizás fue coincidencia, porque días después, Florentino se encontraría peleando cara a cara contra la parca negra de la muerte.

CAPÍTULO II

La noticia de que al pequeño Fuentes, su único hijo de unos nueve años, le quedaban unas semanas de vida la trajo esa noche su esposa Leonela Altuna, envuelta en llanto y una pena tan onda que estremeció hasta los ladrillos bayos del piso de su precaria residencia. Jonathan, moreno, delgadito como alambre, antes enérgico, de mirada dulce y voz soñadora, era lo más parecido a su padre. Se veía tan reflejado en ese chiquito, lo amaba tanto que nunca dudó en dar la vida por él. Por consiguiente, no pudo asimilar la noticia, aunque, de alguna manera la esperaba. Pero la novedad quemaba, quemaba como brasa del demonio. A pesar de su trabajo abyecto, las veces changarín de cualquier cosa, metido de cabeza en contenedores o cartoneando en las calles, se daba siempre tiempo para gozar la vida con su hijo; si hasta su primera palabra articulada fue papá.

El impacto de la primicia le dio en pleno rostro, corrió por sus sentidos igual que un rayo por un cable y termino derribándolo de rodillas, desde donde suplico a Dios, luego maldijo y después se retracto. Preguntaba al Altísimo que pecado había cometido por tan duro castigo y, lo conmino a cambiar su

propia existencia por la de su hijo ;Que injusta es la vida, carajo! Protestaba, mientras Leonela, compungida y estéril de hacer algo por su primogénito, le acariciaba el cabello, limpiaba sus lágrimas con un pañuelo, lloraba también. Intentó darle otra novedad, una más sosegadora, pero su esposo, desencajado e incapaz de escuchar nada, pidió dejarlo solo, entonces Leonela partió a su casa de reciente separada; cuando supere el trance lo diría.

Para consolarse, Florentino esa noche sentó su humanidad un rato frente al viejo computador y, oteando fotos diversas, su mente se posaba donde las imágenes lo transportaban, reviviendo nuevamente aquellos sublimes momentos cuando nació su hijo en el interior del quirófano, en la cama de parto bebiendo teta; en casa con la familia y el perro; el primer cumpleaños; el jardín de infantes; el regalo de un balón de futbol y los goles que se dejaba hacer y que festejaban juntos; sus últimas risas.

—No hay dadores de médula, Florentino, conto Leonela al día siguiente, de visita.

—Con tanto avance científico debería existir otra alternativa ¿no?

—Eso quería decirte ayer, pero te pusiste tan mal que...

—¡Cuáll! Dime cual, por Dios...

—El doctor dijo que existen unos fármacos de quimioterapia de probada eficacia en los casos extremos de leucemia. Es algo novedoso, son ampollas fabricadas en Alemania y con cinco dosis podría extender la vida de nuestro hijo unos años hasta que aparezca el donante.

—¿Y porque no lo hace? ¿Qué espera?

—Es que cada ampolla cuesta veinte mil pesos, disparó sin anestesia.

—¡Maldición! Maldición! Protesto Florentino y pateo una caja de cartón del piso, desparramando unas cuantas prendas sucias para lavar.

En su más recóndito sueño podía concebir tanto dinero junto, y aunque tal vez para otros sería un vuelto, pensó en miles de formas genuinas y legales para concebirlo. Descartó la idea de trabajar a destajo, pues botellas y cartones se pagaban migajas. Hacer una rifa, imprimirla y venderla llevaba un tiempo que no tenía. Vender su casa, ¡imposible! Valía más un cerdo asado que esa edificación lastimosa, sin escritura ni servicios. Además ¿dónde irían a vivir?

Esa noche se acostó a dormir con la sensación humillante de andar a la deriva y se levanto más viejo, afligido, paporreado, repleto de magullones invisibles, con la imagen en las retinas de una pesadilla cruel. Con claridad meridiana soñó que los ojos fijos

del pez, cazado días atrás, pestañaron. Además, sus escamas, igual que un erizo, salieron en bayoneta lastimándolo y, una muy gruesa se incrustó en su cabeza, del lado del parietal, donde una oleada de sangre tibia le baño la cara, despertándolo sobresaltado.

CAPITULO III

La joven familia Fuentes adolecía en Buenos Aires de parientes sanguíneos y de amigos en común. Ambos provenían de diferentes provincias argentinas, sin embargo, el azar los unió en aquel bendito maremágnum capitalino.

Florentino, sin estudios ni oficio, provenía de Santiago del Estero. De muy joven realizaba faenas campestres y todo tipo de trabajos golondrina. Era común verlo año a año como jornalero en el alto Valle de río Negro recolectando manzanas y peras; uvas en las montañas murales de Mendoza o San Juan; Arándanos en Entre Ríos, ajo en Mendoza, yerba mate en Misiones, de tractorista en alguna trilla por sus pagos, podando árboles o empacando cosas en galpones por ahí.

Eran labores cortas y desgastantes moral y físicamente, para regresar con un dinero que podía servirle de ocio los largos meses de intermitencia laboral en el que se sumergía la provincia natal y mucha de la gente (sobre todo su pueblo), de no ser porque su padre, un chilote desfachatado, alcohólico, haragán y prepotente, le quitaba todo el efectivo con la banal excusa de ser pobres sin remedio. Solía echarles la culpa al municipio, a los políticos, a los

gobiernos, que hacían del interior dulce con los pobres, pero nunca se señalaba él mismo. “Hay que pagar impuestos, comer, vivir ;Y tú vives con nosotros, mocoso!” arengaba con un dedo en alto, contando sobre la mesa el dinero, reprochándole lo poco que había ganado en los meses de conchabo.

Desde los diez años Florentino, igual que sus cinco hermanos mayores, eran obligados a mantener sus padres como en épocas de principio de siglo. Hasta a su misma esposa (que por idiosincrasia chilena la trataba de usted) la tenía corta de riendas “;Pláncheme los pantalones con raya, una bien derechita! ;Quiero el calzoncillo rojo, así convine con las medias! ;Sazone mejor los tucos, esto tiene gusto a gramilla! ;Se me lava bien esta noche que ando mimoso, pò!”

Si bien nunca faltó un plato de comida, tampoco el techo de un viejo rancho a dos aguas, la convivencia tanto familiar como social solía ser un martirio para Florentino. Instalado él en una adolescencia intransigente, para no soportar a su padre blasfemar, viéndole tomar vino todo el día, salía a caminar por el pueblo y veía con ojos lánguidos algunos compañeros de primaria seguir sus estudios secundarios, quienes lo miraban con un cierto desparpajo altanero y ya no le trataban. Sufría por ello, lloraba su interior entristecido, pues trabajaba para no tener siquiera un pantalón que no fuera el despojo gastado de sus hermanos,

dormir amontonados para despertar sobresaltado gracias a los berrinches de sus padres, obligado a criar un par de puercos, varias gallinas y tres pavos, pescar en la confluencia de un río cercano, robarle un pato a su vecino más cercano, el viejo Mendieta, para poner comida a la olla; “mocoso, porque hoy no hay dinero ni nada en la nevera ¡Entiende!”, regurgitaba, el cual su padre, ante las denuncias del pobre viejito no dudaba en señalar a Florentino: “No temas, guevón, eres menor; mañana va tu madre a buscarte a la comisaría”, decía palmoteándole la espalda.

Un buen día, con diecinueve años, fue contratado por una firma llamada Cargil, destinada al acopio de cereales en sus campos de la provincia de Buenos Aires para una campaña de “desfloración del maíz” (consistente en quitar la flor a la planta hembra, para que el polen del macho la reproduzca luego más potente en granos y dimensión). Se trataba de una empresa de reconocido prestigio que solía reclutar gente del país adentro, porque dicen ser los mas avezados en el tipo de tareas que realizaban, resistentes a los largos días de trabajo a destajo y al calor calcino. Utilizaban hombres jóvenes, fuertes, sobre todo sin vicios para no generar grescas. La misión era caminar por sembradíos de maíz veraniego, plantas aún verdes, no muy altas, quitar los penachos amarillos y colocarlos a una bolsa, en una

faena agotadora donde muchos quedaban extenuados, con manos, piernas y cuello contracturados, los brazos arañados por el filo de las hojas lanceoladas, deshidratados por la vehemencia del sol.

El contrato era por demás generoso e interesante; seis meses de labor efectiva, un dinero que se pagaba por hora trabajada con un valor por encima de todo lo conocido por el muchacho, donde estaría en un cómodo albergue del tipo militar servido con desayuno a gusto, almuerzo rápido haciendo alto en la huella y una succulenta cena garantizada; también obra social y seguro por accidentes o muerte.

Se le iluminó la cara. Calculó que en esa corta estadía ganaría tanto dinero como para comprar un auto nuevo, quizás una casa barata en los confines quemantes de su pueblo y, así independizarse, conocer una chica, casarse. Cientos de proyectos se agolpaban en su mente, todos estrellados contra el paredón inhumano de su padre; esa imagen dantesca frotándose las manos de esperarlo, quitándole la preciada ganancia. Su joven autocritica lo dejaba indefenso: diecinueve años de maltrato físico y psicológico desarrolló en él, por una parte, una personalidad humillada y dócil, pero culpable y miedosa por otra. Sentía el cuerpo igual al caparazón de un vaso de cuero, cuyos dados dentro carecían de número y masa.

No obstante, algo surgido de la espontaneidad futura cambiaría su rumbo, su extraño destino. Lo presentía y, cuando su padre ayudó a armar el bolso, como nunca, con esa actitud festiva igual de sardónica cuando este viajaba al alto valle u otros sitios de labor, el joven besó por primera vez su morena mejilla delgada y le imprimió un fuerte y seco abrazo de despedida. Supo Florentino que aquel acercamiento sería el único y el último. Fue una sensación surgida del deseo sin deseo, un viento sin viento. Cuestión aparte fue despedirse de su madre. Sentía profundo afecto por esa humilde mujer avejentada por la fuerza brutal de la vida y su látigo invisible, una lengua bífida que le provocaba sumisión, que encorbaba su espalda y la hacía caminar solo viendo la punta de sus sandalias mohínas, la raíz de la tierra en que le tocó manar su especie, ver a los suyos (los hijos) para quererlos despacio y protegerlos poco, cosa que la subyugaba. Ella vio esa vez algo diferente en el aura de Florentino, una luz sin calor expelida de sus ojos, ojos tristes igual que los de ella, entonces se puso a llorar.

—Pronto regresaré viejita linda, no me llore. Compraré el mejor vestido para salir los domingos a ver cine o visitar un circo, y un hermoso perfume. Ah! También bombones de Buenos Aires, porque sé que le gustan mucho, comentó su pequeño “changuito” cuando estuvieron a solas.

—No me sermonee, hijito. Presiento algo distinto; no es como antes cuando se iba a las montañas.

—¿Que hay de diferente, madre! Por Dios, no embrome.

—Es que los bombones llegarán derretidos después de mil kilómetros de viaje. Lo sabe...

—Volveré, madre. Volveremos...

Junto a otros compañeros de faena tomaron un autobús larga distancia, abonado por la empresa, con tantas escalas que esos mil kilómetros de ruta se convirtieron en día y medio de viaje. Pero, no le aburrió como cuando viajaba a otras zonas en el pasado; algo en ese éxodo le llenaba el corazón de grillos, un deseo inconcluso alimentaba la dura distancia, parecido a un contento de libertad.

Desconocía las planicies pampeanas, de modo que sentó su cuerpo cerca de la ventanilla y desde ella veía con asombro el radioso caleidoscopio llano de colores verde vital en que cambiaba la geografía, un contraste definitivo con el amarillo arena de su Santiago sepulcral. Por un instante le atravesó en rayo la idea de trabajar en aquellas lejanas alquerías de hacendados, aquellas que se apreciaban lejanas y humeantes y, hasta en el futuro ser dueño de algunos metros de campo ¿Por qué no? Pero, claro, resultó una mera niebla disuelta al pestañear al momento de llegar a destino.

Arribo a una ciudad llamada Chivilcoy y él y sus compañeros fueron transportados en otro móvil hasta un paraje llamado La Martija, cuyo nombre le sonó a batracio, a lagartija precámbrica. Se trataba de un parque señorial provisto con un quinchó gigantesco, pileta estilo olímpica y una frondosa arboleda repleta de parrillas para el acampe. Al costado de unas canchas de fútbol existía un riacho triste, serpentoso, cruzado por lo que parecía un puente chinesco de madera común, pero fuerte, desde donde los visitantes realizaban la pesca. Muy al fondo del predio se erigían dos grandes construcciones, separadas por un camino cementado, que servirían de dormitorio y cocina.

Arribaron también otros buces con gente joven, llegando a ser unas cien y pico personas, con la que harían amistad y pasarían el resto de los meses en otras regiones cercanas. Se trataba de una tarea dura, cansadora, pero llegaban temprano en la tarde y tenían tiempo para contarse sus vidas, sus proyectos, sus sueños, cenar y levantarse con la luna clavada en el cielo para repetir el ciclo.

Los días se sustituían calcados uno y otro, como cartas de un mazo en blanco. Con ropa de graña, anteojos reglamentarios, mochila surtida con víveres y agua y un amplio sombrero para sol, la masa humana caminaba kilómetros largos inmersa en maizales selváticos, siguiendo y tropezando terrones de tierra

sobre una huella profunda, pesándole las piernas y el costal como cargados con plomo, siempre con el mismo gesto de las manos arrancando penachos dorados a la altura de sus cabezas. A veces el calor era tan intenso debido a la humedad que muchos caían exhaustos, desmoralizados.

El deshumedecimiento de los jornaleros solía ser un grave problema que los contratistas tenían muy claro, pues, el cuerpo humano, al perder tantos minerales (entre ellos sodio y potasio), corría riesgo una falla cardíaca. Por lo tanto, al llegar al predio se los llevaba hasta un cuarto aldaño al comedor, donde un profesional examinaba al aquejado, le administraba lo necesario para su restablecimiento como polvos hidratantes, antialérgicos, antibióticos, etc., y los devolvía al trabajo. Jornales así solían desmotivar a muchos que terminaban desertando, como de hecho ocurría, pero a Florentino no lo desanimaba ni el sol bravo, ni los minerales perdidos, ni la bochornosa monotonía; tenía estigmatizado en la mente el dinero final.

De aquel ancho grupo de labriegos, las tardes después del jornal o los domingos de asueto, se desprendía Florentino del resto como un ente difuso, perdido en la tarde o noche nostálgica, pensando, reflexionando; sin embargo, todos respetaban su condición de animal solitario y nadie lo molestaba.

Solía cruzar unas pocas palabras con algunos compañeros amigos, algunas risas compinches, un que rica esta la cena, pásame el pan, la sal, la ensalada, no más. Se sabía tímido; condición que le pesaba como ancla. En contadas ocasiones se lo veía leer algún libro, perdido y distante, como si estuviera más allá del mundo palpable. Esta cultura como lector, nunca tardía y aunque tampoco excesiva, puesto que le costaba horrores interpretar la prosa y mucho más la poesía, fue el sustituto providencial de su glamorosa modestia.

Leyendo lograba ocultar un rato ese demonio humillante que trastornó su vida desde siempre, y quizás, de a poco, en algún escenario literario, paseando por el largo repertorio narrativo, lograra encontrar un aliado o la respuesta justa que diera luz al retraimiento, producto de la represión de su padre.

Un domingo libre decide caminar el ámbito caliente de La Martija, la orilla del río. Quería distraerse, ver jugadores haciendo fútbol, niños correr, darse un chapuzón en la pileta; seguir la línea de un libro bajo las sombras boreales de los altos eucaliptus chivilcoyanos. Y así fue. Por primera vez pudo comprender un escenario que era el antípoda de sus querencias. El aire se respiraba más grueso que en la de su árida geografía, surgido ahora de una tierra prodigiosa, negra y espléndida, dotada de vida

subterránea y suprayasente. Podía verlo en la gente acampada cociendo exquisitas carnes, en los niños correr alegres jugando a mancha, en los sonrientes hombres tras un balón, tan distinto a su Santiago querido, a los parajes incluso de montaña en que estuvo trabajando sus mocedades.

Después de andar un rato, Florentino decide cambiar lectura por un chapuzón refrescante. Era gratuito asique paso a revisarse por el consultorio médico y con sandalias franciscanas, anteojos negros, toallón almidonado y un libro de García Márquez, subió las escaleras que lo deposito sobre una bullanguera piletta. Provisto de pantalones cortos se tira y nada normalmente, camina la parte baja, charla con unos niños y luego sale, como un pez escuálido que nadie observa, en cambio, sus ojos carbónicos no pudieron concentrarse a la tranquilidad de la cual estaba acostumbrado; una decena de muchachas espléndidas deambulaban en bikini de dos piezas como si tal cosa fuera, cuyas protuberantes nalgas y senos de sirena eclipsaban su juicio.

Se abochornaba por su ingrata timidez, pero no lograba dejar de observar tan espléndido panorama. Pensándolo un poco, jamás había visitado una playa, siquiera una piletta de recreo en las colonias veraniegas de su escuela, por ser pobres; mujeres con ropa interior solo había visto en alguna que otra revista picante y, ahora, que las tenía frente a sus ojos, casi estrábicos, su mente no

daba crédito. Nunca creyó existiera en el mundo ropa tan diminuta, ni sonrisas tan calientes, ni pestañas tan largas en ojos vivaces, ni curvas sinuosas y resbaladizas.

Una mujer muy joven, bella y curvilínea, que recién salía de la pileta lo miro dulcemente, le guiño un ojo o al menos le pareció y se acostó boca abajo a tomar sol. Luego se sentó para colocarse protector solar mientras lo miraba pasándose la lengua en círculos por sus carnosos labios. Fue allí cuando debió taparse la entrepierna con el libro, la toalla y sus chancletas y salir a las apuradas en dirección al baño de su regimiento, donde se escuchó un sonoro lamento santiagueño, como el de un lobo frente a la más grande luna llena.

Días después partiría hacia otros asentamientos, otros campos y parcelas, donde no existía ninguna pileta con mujeres encantadoramente libertinas.

En esos seis meses de labor sudando mares bajo el sol, compartiendo vivencias y aislamientos con gente de diversos pelajes, cobro por fin su tan esperado salario. Pidió le dieran algo de dinero y el resto un cheque, al que después depositaría para ver su uso. Sentado en la estación de micros, sin saber que hacer con su vida en adelante, pidió un café y abstraído se sumergió al fondo negro de la cuchara revolviendo el azúcar. Su determinación en

conservar lo ganado y hacer lo que le plazca era, sin dudas, un arma de filo inalterable el cual no pretendía usar contra su padre. Debía evitarlo y para ello la ecuación devengaba un solo número. “¿Volver? no, que va”, dilucidaba. No obstante se remordía hasta sangrar con la imagen empequeñecida de su madre, que siendo puro cariño, un ángel de viento calmo y entrega, quien se privaba de comer para que alcance la sopa en la mesa, que con frío y descalza partía hacia el monte a juntar ramas y con ellas calentar la casa, cocinar y volver al monte y seguir subsistiendo; quien desde muy chico intercedía con su cuerpo ante la bravura de su padre cuando borracho pretendía azotarlo, hoy seguía siendo una prisionera voluntaria y él sin poder contenerla, quererla como se debe.

Volaba en el recuerdo también la cara de sus hermanos, sonreía cuando el mayor planeaba meter cianuro por el cuello de la “damajuana” de vino de su padre y, así librase de él; las veces que de adolescentes partían hacia el río para darse chapuzones y jugar a ver quién agarraba un pez con las manos; cuando salían a la caza de liebres y perdices con una escopeta prestada, lo cual esos días era una fiesta comer... Por otro lado su alma estaba aquerenciada al escenario donde creció y mamó el esplendor de talco de Santiago, el campo donde residía, con ese calor recalcitrante que echaba a las sombras a los perros para dormir

siesta, el pueblo allá, tan cerca, costearo el camino vecinal donde yacía la escuela, sus amigos, sus bondadosos vecinos.

Dubitativo y algo confundido pensó en volver. Sin embargo rezó para que el destino ofreciera una chance distinta a su deseo inconsciente, entonces esperó su designio. Una voz remota y galvánica lo saca del denuedo anunciando que un autobús con destino a Capital parte en diez minutos. No lo dudó un solo segundo. Pago al mozo, tomo las dos maletas y subió al bus, que por suerte andaba semivacío, asique nadie pudo ser testigo del desprendimiento de su nostalgia, que caía de sus ojos como goterones de agua al suelo.

CAPÍTULO IV

Desde ese día, consolado en la firme decisión de ser dueño de su persona, perdió contacto con su progenie. Era inevitable, aunque le produjo nostalgia, desazón. Siquiera poseía un teléfono móvil, acostumbrado al trato en persona o por carta si hiciera falta, tampoco le quitaba el sueño esos aparatitos diminutos que lograban poner bobo a la gente, decía. Llegado a capital buscaría una pensión donde pudiera dormir solo y después de poner a resguardo su cheque en algún banco o correo, tomarse unos días para conocer aquella metrópoli cosmopolita, la cual había visto en postales y vetustas enciclopedias.

Desde la comodidad del bus, somnoliento y distendido, leyendo a ratos un libro que había adquirido en Chivilcoy llamado “El alquimista”, ignoró por completo la interminable ciudad que lo aguardaba. Creía de Capital una urbe grande, discreta, algo ruidosa, normal como cualquiera que había conocido. Pero cuando puso un pie sobre el andén al que fue depositado se le llenó el ama de un sentimiento impreciso, mezcla de susto y abotargamiento. Lo invadió de inmediato el murmullo de abejas

de un centenar de personas deambulando como autómatas, el ruido molesto de altavoces anunciando regresos y partida de micros, vendedores de chucherías cruzarles el paso, el aire viciado con miasma a cafetería, orines de baño y humo de cigarrillos. Todo esto lo mareó.

Con los bolsos a la mano y sin saber un rumbo que tomar se sentó sobre un banco de espera, también atestado de personas, pero se sintió tan incómodo que salió despavorido.

Ahora en la calle, frente a una esquina, ante un semáforo que habilitaba el paso de una gran ancha avenida, aconteció otro problema; por primera vez sintió en el pecho la lanza lacerante del desarraigo. Aunque era media mañana y el sol iluminaba sin nubes, lo alcanzable a la vista estaba construido en cemento y más cemento y en verdad, conociendo el cementerio, aquellos edificios apiñados junto a altas casas señoriales y comercios por doquier, le traían la vívida imagen recreada de los nichos.

Tratando de no caer al pozo del pánico se fijó un destino y resolvió caminar; tal vez el ejercicio y la distracción le calmara algo el espíritu inquieto. Su entendimiento, además, no daba crédito a la cantidad de personas que como un denso hormiguero cruzaba, iba y venía imbuidos en una apatía de zombies, chocándolo sin disculpas, en grupo o solos, muchos distraídos,

pálidos, ojerosos, con teléfonos a la oreja, gesticulando: el millar de autos y sus bocinas prontas; multitud de seres con caras totémicas vendiendo baratijas que exhibían en el suelo, sobre coloridos ponchos; otra esquina, amontonarse, esperar, cruzar, seguir chocándose, esquivar una baldosa rota; otra esquina igual de semáforos y apurones.

Sentía en aquel laberinto de calles perder un control que nunca necesito demasiado, en esa circulación bulliciosa, como de mar agitado.

Anduvo un tiempo (que no supo definir) imbuido por el terror de sus sentidos y el recato de la prudencia. Por un lado, temía ser atropellado debido al presuroso andar de los coches, increpado por algún transeúnte lívido que tropezaba con sus bolsos, su lento andar y, por el otro, sentía pena rechazar las ofertas de ganga de los aparentes pobres y otros buhoneros del altiplano, que lo invadían como ánimas en un tren fantasma y sus dialectos diminutivos, plañideros (¡compre este reloj, señorito, muy baratito! ¡Quince pesitos la docena de medias, aproveche señorito! ¡Cambio pesos por dólares, euros, soles peruanos, Reales, guaraníes...!), un mundo de negros africanos vendiendo artesanías, mestizos de Jujuy y otras provincias vecinas, mezclado con hermanos limítrofes y gente blanca, de traje y fantoches de circo.

En un instante cualquiera detuvo su trajinar y en un puesto ambulante pidió una gaseosa y un pancho repleto con mostaza y mayonesa, salpicado de papas fritas (algo que nunca había digerido y le gustó) y, se sentó a comer en una mesa plástica con toldo de lona.

Cuando lleno su estómago pudo ver, con otra perspectiva, el mundo enloquecido de la capital; ni uno solo allí, como en otras ciudades conocidas y visitadas, hubo de mirado a los ojos, sus rasgos aborígenes, su piel empetrolada, su aura sin sosiego, su miedo interno y vulnerable. Entonces, ahora tranquilo, observando la piara de siluetas discurrir como sombras solas, el bochínche inaudito de lo superfluo, logró destilar una reflexión espontánea que se perdería en el cielo celeste como un disparo de cañón sin ruido: “¿Cómo es que tanta gente caminando a mi lado me hace sentir tan solo?”

Andando, oteando vidrieras, abstraído por el entorno llego hasta plaza Miserere. Le pareció espléndido aquel escenario curvilíneo he imponente su grandioso obelisco. El solo hecho de estar allí, contemplar esa estructura magnífica rodeada de edificios impensados, la vida fluir como en un hormiguero, sentía estar cumpliendo un sueño que nunca tuvo sino por ventura. En tanto acontecía todo esto, no pudo evitar sentirse extraño.

Acostumbrado a incursiones golondrinas en vastos territorios de nuestra Argentina, donde la añoranza y el sentido de pertenencia a su Santiago querido le tiraba de la sien como péndulo a su gravedad, esta vez la nostalgia, esa llamada querencia con sus poderosos garfios afilados languidecía moribunda, oculta tras un gran telón invisible, siniestro, definitivo.

No lo sorprendió porque no estaba en misión de razonar, sino de explorar un nuevo cariz en esa instancia de su vida, aunque meses después, pensar en sus hermanos, en su pueblo, la melancólica imagen de su madre le asestaría un puñetazo al rostro.

Preguntando por aquí y por allá, alguien le dio la dirección de un pensionado singular muy cerca de una estación llamada Once de Septiembre.

Se trataba de un caserón viejo, de principios de siglo, pero muy bien conservado con sus altos ventanales y puertas en cedro estacionado. Exhibía esa arquitectura señorial, mezcla del clásico con el estilo colonial de los antiguos arquitectos italianos y al dar un paso dentro, de altísimos cielorrasos, pisos de vetustos baldosines lustrados, blancas cortinas que caían hasta el suelo como fantasmas en descanso, paredes donde los ladrillos habían sido expuestos en detalle de vista, sencillos cuadros y decoración

vintage, sintió estar como en su escuela: en algo se le parecía aquel modesto ejido hecho por las gloriosas manos de nuestros inmigrantes.

Lo atendió un joven petimetre con vestimenta normal de jeans y camisa clara, un hombre de buenos modos y léxico ágil para su gusto provinciano, quijotesco, ambarino de piel, con un leve perfil diaguita y peinado a la gomina. Algo en su acento lo delataba.

Primero se presentó; dijo llamarse Felipe Quiroga y se dispuso a sus órdenes. Luego lo observó de arriba abajo con un sutil e imperceptible dejo discriminatorio, que logro ruborizar al visitante. Pero enseguida entabló diálogo y al comprobar que hablaba casi el mismo acento cantadito del norte (este, más aporteñado) y que, a pesar de las diferencias de status supieron ser oriundos de la misma provincia, Felipe abrió su corazón y la pensión a ese hombre aventurero.

Enseguida confirmó los diferentes precios y pasó a enseñarle el ejido entero, desde el último confín hasta el amplio patio donde habitaban tres árboles frutales, un jardín con duendes en yeso colorinche y una cascada interna; señalando a su vez, los horarios de cierre del mismo, la utilización de la cocina, el baño compartido y otras nimiedades, en el que subrayó con una severidad distinta a la amable cortesía de recepción, los detalles

de respetar a los demás hospedados sin provocar ruidos molestos y, lo más importante, nada de mujeres. “Queda solo una habitación para personas solas, esta de suerte, amigo”, comentó su anfitrión codeándole el brazo.

Tan económico era y tan contento estaba que pago un año por adelantado.

La habitación en suerte yacía al fondo de la estancia mediando un largo pasillo techado surtido con enormes ventanales corredizos y marco de aluminio. El habitáculo trataba de un espacio cerrado y su única comunicación hacia el exterior eran una puerta simple y una sola ventana con vista al jardín frutado y su melindrosa cascada. Estaba amueblada con una cama sencilla y cálida, una mesa bar con dos sillas sin respaldo y un televisor, muy pequeño, del cual Florentino solo miraba los noticiarios y alguna que otra película, romántica, claro.

Esa noche tomo un baño largo, caliente y reparador y se acostó a dormir tan pesadamente que amaneció veinticuatro horas después, cuando al despertar creyó estar en su rancho de Santiago. Hubo de sacudir su cabeza para comprender que estaba en plena capital con un propósito indefinido.

Lo que hizo después fue contar su dinero efectivo, lo que quedaba (que era bastante y con ello viviría un tiempo mientras buscaba trabajo), después encontrar un Banco para depositar su grueso cheque en plazo fijo, intocable. Era de suma importancia. El conserje amigo le señaló el Banco Provincia como el más seguro, ya que él cobraba su sueldo allí; incluso lo acompañó, hablaron directamente con el gerente y gracias a su intermediación consiguió colocar el dinero en plazo fijo.

Pero aún andaba seducido por el esplendor de aquella ciudad interminable y pasó algunos días recorriéndola, siempre con la prudencia de llevar anotada en un papel la dirección del pensionado, por si se perdía. Visitó museos, caminó y descubrió locales y ferias de antigüedades en San Telmo (donde quedó maravillado), entró a la Basílica del Santísimo Sacramento (donde rezo su fe católica, pidió por su madre y hermanos y, por sí mismo), se emocionó con los colores fuertes de La Boca. Llegó incluso deleitar su vista con los bellísimos cuadros en el museo Nacional de Bellas Artes. Además, conoció tanto los shoppings como los puestos ambulantes de las calles, siempre comprando algo.

De esos gratos momentos cayó en la cuenta de que para ser capitalino hay que tener dinero, incluso no comprando nada,

porque, aunque no lo tengas, la misma ciudad te lo saca como sea, dijo y se encerró en la habitación.

Transcurrió un mes sin saber que era lo que hacía allí, tan lejos de sus costumbres, levitando sin brújula. La rutina del ocio llegó a ser intolerable, aunque adictiva. Su cuerpo escuálido había ganado un par de kilos, costaba levantarlo, despegar de la cama caliente; el desayuno lo sorprendía al medio día. Algo había que hacer.

Una de esas mañanas, cuando palpó su billetera y ya quedaba poco dinero, se dispuso a buscar trabajo. De nada servía tener pago un año el albergue si no había nada que ponerle al estómago.

Felipe, quien recibía el periódico a diario contó para su asombro que trabajo existía en abundancia, pero su mayoría requería estudios universitarios, incluso básicos, cosa que él carecía, o bien poseer un oficio. Ese mismo hostel necesitaba personal de mantenimiento, hasta ofrecían una habitación gratuita y comida diaria, pero Florentino siquiera sabía cambiar un bombillo ni pintar paredes.

—Son reglas de la empresa, del dueño; ellos tienen en cuenta el currículo, espetó Felipe, angustiado de no poder hacer nada.

—¿Y qué es eso?

–Bueno, mi amigo, se trata de una hoja donde la gente vuelca sus datos personales, estudios, postgrados, etc., comenta uno sobre actividades realizadas y empresas en las que trabajó; da referencias y la entrega donde se requiere empleo.

–Ah! Dijo Florentino. No entiendo nada.

–Te daré una mano, respondió. Y te aconsejo comprar un celular, es más práctico, agregó, al que su atento amigo hizo caso omiso porque nunca tuvo uno, lo creía inapropiado he inalcanzable su tecnología.

Juntos, clavados al computador diagramaron un currículo sucinto y práctico, direccionando la experiencia del postulante como brasero de pala y pico, adjuntando conocer algo sobre máquinas viales y, como dirección real, radicaba el hotel. Dedujo Felipe que la filiación sería de suma importancia, pues, no es lo mismo vivir en una villa que aquí, en plena capital. “Nadie contrata a un villero”, renegaba, y renegaba en serio, porque sin la suerte de ser conserje, quizás hoy sería un habitante de esos suburbios, donde tanta gente buena habita.

Sacaron algunas copias y su anfitrión aconsejó dejar cada una en oficinas donde realizaran construcciones de casas o edificios, algún corralón de materiales, también en el municipio, en dirección vial... “Quizás te empleen como ayudante de albañil o mandadero; nadie en Buenos Aires necesita un recolector de

naranjos o uvas, mucho menos un despinochador de maizales”, aclaró sarcástico.

CAPÍTULO V

Pasó días enteros entregando a empresas y oficinas de ingenieros su bien amado currículum, y nadie lo llamaba. Pasado tres meses su situación existencial logró adquirir consonancias de alarma; ya no tenía dinero y comer salteado le devolvió al cuerpo la fibra atlética de sus años en Santiago.

Para el quinto mes un retorcijón de hambre nocturno lo obligo a pelearse con su consciencia. Nunca había tenido que robar nada, no estaba en su espíritu, aunque varias madrugadas, Florentino hubo de realizar asaltos sorpresa a una nevera enorme que había en la cocina del pensionado, donde los vecinos de habitación (su mayoría empleados en obras de diversos fines, vendedores de vituallas, secretarios y otros) dejaban sobrantes de comida etiquetados para su posterior uso. Nunca había caído tan bajo, ni tampoco nadie se dio cuenta o pasaron por alto.

Esa noche, insomne, le asistió la imagen de su casa y pensó en su familia, donde, de alguna manera, jamás faltaba comida. Sus hermanos mayores, como grandes proveedores humanos, trabajadores eternos en lo que sea, se encargaban de ello. Estaba tan hambriento esa vez, tan solo con su alma, tan miserable se

sentía que pensó a la mañana tomar sus cosas y partir, sabiendo con claridad de orfebre que su bien ganado cheque, abultado por cierto, sería arto recibido y malgastado por su padre. Claro, mediando una reprimenda brutal por tanta ausencia sin comunicarse.

Esa noche pensó en mamá, en el amor hacia ella, esa valerosa nativa de las pampas nortañas y entristecidos ojos, ojos con los que miraba él desde el mismo nacimiento por genética, por haber heredado su paz, su simpleza, su humildad de agua, sus manos delicadas hecha harina y pan, esa convicción de creer en el otro y más en sus hijos, ahora tan lejano y ausente, el corazón se le rompía...

Sin embargo, decidió quedarse. No lograba juntar el valor necesario para enfrentar a su padre, de modo que a la mesa de la vida jugo la misma carta arrojada en Chivilcoy y, con una renovada dosis de optimismo, duplicó la apuesta; "Si debo cagarme de hambre, lo haré", se dijo mirándose al espejo esa mañana singular.

Le preguntó a Felipe que era lo que podía hacer para ganar dinero en el acto, algo legal, claro. Sabía auxiliarlo con algunas monedas, pero no quería abusar de su buena disposición.

Fue así que comenzó a cuidar automóviles a lo largo de esa mañana; si bien no era del todo lícito, al menos, honrado. Su

amigo le había anticipado sobre el cacicazgo y la bravuconería en esos andurriales: todo ese tipo de actividades solía ser regenteada por mafiosos de áspera reputación, quienes como en la venta de estupefacientes, contratan niños y adolescentes, delimitan territorio y le quitan un amplio porcentaje. “Seré un ente autónomo”, comentó irónico Florentino guiñándole un ojo.

Paso un tiempo largo realizando aquella discreta ocupación, a la que adosó plumereo y trapeado. Debido a su apostura servicial, sus galantes modos, su vestidura opuesta a la de los “gorritas” con visera hacia atrás de los demás por ahí y a la tarifa reducida a lo que el “señor/a disponga”, la gente comenzó a estimarlo como a un animalito callejero, entonces le daban más de la cuenta. Sus bolsillos rebalsaban de propina.

Sorprendido, Florentino devolvía el dinero argumentando ser demasiado, y esta actitud, sumado al saludo agradecido, lograba, sin querer, un efecto recíproco denominado empatía, que él ignoraba; era dueño de una empatía innata.

De tanto observar vehículos, acicalarlos y mimarlos, comenzó a mirar con detenimiento la ingeniería automovilística. Pocos eran viejos modelos, su mayoría solían ser nuevos o casi, y a su precario entendimiento, esas naves extraterrestres, geométricamente hermosas, capaz de viajar a velocidad insólita

sin darse cuenta, de valores exorbitantes como el de una casa o una quinta, radiantes, compactos, fuera de serie, logró volar su imaginación al deseo “¿Cómo quisiera ser dueño de un bicho como este...” decía mirando compungido una camioneta compacta cuyo slogan era cinco círculos esféricos entrelazados. Ni que hablar de los Mercedes Benz y otras marcas reconocidas.

Por entonces su aflicción se estrellaba contra el hierro herrumbroso de la realidad o de su introspección dolorida; admitía su deseo igual que un hambriento frente a un pollo a la parrilla, pero tan lejano como Alfa Centauro. De todos modos, soñar nada cuesta.

El dinero recaudado día a día sobrepasaba su capacidad de entendimiento. Se le inflamaban los bolsillos, y cuando colocaba los papeles para contarlos sobre la mesa de su habitación, una oleada de alegría invadía su espíritu norteño. Se trataba, por supuesto, del producto de horas de trabajo, sin sábados, domingos ni feriados, aguinaldos ni vacaciones. Con Felipe solían festejar. A menudo, algún fin de semana lo invitaba a cenar a su humilde casa en ciudad de Moreno, una casita precaria alquilada, donde vivía con su esposa y tres niños. Sorprendido por la lejanía se preguntaba porque no conseguía un trabajo en el mismo Moreno y este le contestó “simplemente porque aquí, en una ciudad de provincia, no hay”.

Entonces llegó navidad. Si bien algún que otro cliente del estacionamiento (que conocía su situación solitaria) le invitó a pasarla en su casa, lo desechó sin dudas, agradecido siempre ante tan obsequioso detalle. Sufrió al rechazarlos, pero pensó que nunca podría sentirse del todo cómodo en un ámbito donde a nadie conocía.

Los días previos, como es de suponer, presintió una insondable tristeza; otra vez invadió su mente las yedras dentadas de la querencia. Si bien trabajaba para ganar su sustento, pagaba por comida y hasta a veces salía de noche a espabilar la cabeza, la soledad del cuarto y, sobre todo la afectiva, le estaba pesando en los huesos como un talego lleno de tierra húmeda. Tanta juventud entre pecho y espalda, tanta vocación por hacer de él un camino propio y el paso del tiempo lo deposita solo, allí en Buenos aires como a un Adán sin paraíso.

Tuvo la somera idea de pasarlo solo, encerrado en la habitación, degustando una buena ración de rotisería, bebiendo el mejor champagne burbujeante que jamás tomó. Pero no pudo rehusar la insistencia de Felipe y le impuso una condición; el pagaría por un puerco asado al horno de panadería y toda la bebida de la casa.

La bienaventurada ventolera del estacionamiento y sus fastuosas ganancias un día de enero cumplió su ciclo. Por entonces había pagado otro año completo de vida en el pensionado y ya pensaba adquirir un vehículo modesto para capitalizar su ahorro. También algo del devenido lo depositó en su cuenta plazo fijo, cuyos intereses ignoraba.

Mientras trapeaba un automóvil se le presentó de súbito un señor de mediana edad, robusto, serio, de espaldas como ropero, vestido informal, rapado a cero y sus mandíbulas cuadradas evidenciaban el maltrato de un acné que no supo erradicar en la adolescencia. Lucía ojos sanguíneos y un rastro de pelos como barba de choclo le rodeaba los labios. A este sujeto lo secundaban tres jóvenes tiznados, de aspecto atlético, algo inquietos, todos tatuados; mantenían siempre las manos a los bolsillos de raros pantalones cuyos fondillos daban a la rodilla.

No se trataba de una visita cordial. Tal cual lo anticipó su amigo, el señor vino a poner los puntos sobre las íes en misión de extender sus dominios. A la pregunta de para quién trabajas, negrito, Florentino respondió que, para él mismo, sin titubeos.

—Desde ahora trabajas para mí. Respondió el troglodita, enseñando sin demasiada discreción el mango plateado de un revolver clavado a su cintura. Te he vigilado, sé que ganás buena

teka; dame ya el porcentaje que me debes de todo el tiempo que laburas aquí, o te doy una paliza y después te quemó.

Florentino, asombrado por el atropello de una impunidad sin precedentes y perdido en la comunicación por el extraño lenguaje del señor, que por otra parte fumaba, pensó que le iba a quemar con la colilla. Era media tarde, andaba mucha gente ¿Cómo iba atreverse a torturarlo sin que nadie intercediera? Y ¿que era teka? ¿Un licor? Quedó pensando unos segundos enteros que resultaron horas para el impaciente y bravo porteño manipulador.

—Perdón, señores, trabajo para mi mismo. Soy pobre, del interior, de Santiago, ¿vío? ¿Conoce? ando solo en este mundo y...

—¿Acaso eres pelotudo negro de mierda! Espetó el brabucón con los ojos más irrigados de cuando llegó, y ante un gesto de la cabeza sus compinches lo tomaron de donde pudieron, lo arrastraron hasta un árbol y allí, inmovilizado, le robaron el dinero, lo cachetearon, vaciaron el balde de agua en la cabeza y se marcharon.

—¡Ah! No quiero volver a verte por acá. Esta zona es mía ¡Buenos Aires es mío, carajo! ¿Entendiste? Remató haciendo el ademán con la mano de un tiro en la cabeza...

Según Felipe, se trataba de un pesado barrabrava y ex presidiario, con dos muertes como trofeo. Lo conocían bien en la

zona, “pero si tú no puedes trabajar, tampoco permitiré que lo hagan ellos”, comento indignado. De modo que se contactó con un policía amigo, quienes con el móvil hacían rondas permanentes y ante la presencia de un sospechoso proseguía la advertencia de ¡Documentos! ¿A qué se dedica usted? ¡No mienta! ¡No es legal cobrar estacionamiento; a la comisaría!

Cabizbajo y meditabundo, Florentino cayó presa otra vez de la nostalgia. Por más que golpeó las mismas puertas donde había entregado un currículo, nadie lo contrataba. Un día, mientras compraba pan lo emplearon.

Se trataba de una panadería importante, con mucha clientela y máquinas de última generación, donde extrañamente solía desertar algún que otro empleado. Era un trabajo esclavo, empero, no lo intimidaba. Tenía por misión aprender el oficio.

Llegaba muy temprano, en madrugada, y junto a cinco ayudantes (todos familiares del dueño) elaboraban la masa, daban forma al pan y sus derivados, siempre al grito pelado del patrón, prepotente, neurótico; una bolsa de gatos habitaba su cuerpo. El dueño era el mismo maestro de pala, un ser que sabía mucho el oficio. Tenía unos cincuenta y tantos años bastante mal llevados debido a su gordura y a un desaliño descuidado de pelo largo y cano, como de concertista exaltado. Usaba patilla de los años

ochenta, caminaba la cuadra igual que un militar ante su tropa y la pasaba regañando a todos, blasfemando de política, despotricando con los impuestos, con la masa quemada, con el mundo.

Duro dos meses. La primera semana estuvo a prueba, la cual su dueño pasó por alto amedrentarlo con su neurosis. Solo le llamaba negrito y, ya ese apodo comenzó a molestar a nuestro protagonista. ¿Qué pasa en Buenos Aires que te tratan con apodo despectivo? Se preguntaba. Esto no ocurría antes.

Después el dueño comenzó a apurarlo, a quejarse de su lentitud en el aprendizaje, de su tranquilidad perenne, de su pelo puna, de su nariz torcida, hasta que al final, un día a Florentino se le cayó una bolsa de harina, (la cual explotó como una bomba blanca), y sucedió la hecatombe.

Las puteadas iniciales son irreproducibles para la historia. Luego le siguió un vituperio de costos de materiales, recriminaciones a Dios y a los Santos (todos), amenazas de patearlo en el traste y cuanto mas rojo se ponía su gorda cara porcina, más transpiraba y blasfemaba. A veces se atragantaba con sus propios esputos; gargajeaba, escupía y seguía.

Hasta que ofendió a su madre. Esa mañana el nuevo empleado dejó el delantal en el piso, miro a todos sin

remordimientos, y mientras todos lo observaron en silencio se marchó sin saludar.

Pasó otro tiempo encerrado en la habitación, pensando cómo seguir viviendo, la milagrosa forma de encontrar un trabajo digno. Usar el dinero ahorrado sería último recurso.

Un día tomó su secador de vidrios, detergente y balde y se paró en la esquina de un semáforo próximo; su nueva misión consistía en lavar parabrisas.

No era mucho lo que recibía, pero al menos comía, hasta que apareció el mismo brabucón con cara de choclo y no solo lo despachó casi a las patadas del sitio, argumentando ser su parada para los muchachos, sino le amenazó puntualmente por el hecho que ninguno de sus secuaces pudo trabajar estacionando vehículos en la periferia de la pensión gracias a la policía. “Se que nos denunciaste, negrito, asique más vale tomes tus trapos y te vuelvas de donde viniste. Y agradece que no te ponga un cuete en la cabeza”.

Felipe, entre divertido y compungido por su mala suerte, le aconsejó comprar baratijas al por mayor en los puestos del Once y revenderlas en colectivos. También en ciudades de provincia, quienes son más susceptibles y amables y se le puede sacar mayor rédito. Él, en su principio, había pasado por lo mismo, de modo

que lo instruyó con un verso recurrente, pertinaz y certero para andar por aquellos pasillos.

Así fue que se hizo de lapiceras, mazos de cartas, llaveros y otras novedades y con el permiso del chofer (al que debía darle un diezmo) logró vivir otro tiempo, pero, en una esquina, antes de subir al colectivo 60, dos muchachos de unos veinte años surtidos con prendas deportivas sin ser atletas, portando revolver sin ser policías, lo llevaron hasta el interior de un baño público para hablar con él.

Antes, blandiendo sus armas, expulsaron a los adultos que estaban dentro y cerraron con tranca.

De allí Florentino salió lívido, las rodillas de lana, porque encima de amedrentarlo, de quitarle sus cosas y de anoticiarle que cada colectivo tiene un vendedor (o sea ellos y otros monos —se denominaban así—) y un regente (o sea también ellos y el monerío), dispararon un tiro muy cerca de su cabeza, incrustándose el plomo en el centro de un azulejo, tan blanco como su piel.

Entro al hospedaje mudo, los labios y el ceño fruncidos y, Felipe supo enseguida que su amigo había experimentado un contratiempo parecido a los anteriores, también vivenciados por él años atrás. Sin embargo, Florentino duplicó la apuesta; sacó unos pesos del banco, adquirió los mejores artilugios innovadores

y más pequeños del mercado (llaveros con luces, cortaplumas, relojes, etc.), cargo un bolso completo, tomo el tren y partió a Luján. Esa ciudad donde la Virgen radicaba en su mansión imponente desde el nacimiento de la patria, sumado a su condición católica, seguro velarían el andar de pobre buhonero en que se desarrollaba ahora su existencia.

Decidió no tocar timbres, sino vender al mayoreo en kioscos y otros mercados. Fue tal su éxito que al medio día solía quedar sin mercancías. Anduvo Luján toda, cada barrio, los suburbios y el centro y de tanto que charlaba con uno y otro, llegó incluso a saber el porqué de las calles y la vida de los próceres mejor que sus habitantes. Después, buscando nuevos mercados pasó a visitar Mercedes, donde la ley no lo dejó trabajar y fue la primera vez que su legajo tuvo una tacha.

Más tarde visitó otras ciudades y transcurrió lo mismo. Volvió a Lujan, donde nunca tuvo un problema, pero ahora la Virgen se desentendió de él y la ley, autodenominándole también; “ahí va el negrito ¡Documento, carajo!”, lo atosigó.

Llevaba en Buenos Aires casi tres años, siendo el último el más combativo, cuasi hostil de toda su joven vida. Los últimos acontecimientos calaron hondo en su psiquis; acostumbrado a la prosapia amabilidad pueblerina, no solo de Santiago, sino del

resto de la patria, jamás había sido humillado por su naturaleza atezada. Cuando mucho lo llamaban “muchacho”, o en general por su nombre. El concepto de la palabra discriminación se le reveló allí, en esa enorme ciudad y si bien le molestaba como piedra en el zapato, aprendió a soportarla.

Nuevamente en etapa de letargo, siendo invierno para peor, con todo el dolor del alma se vio obligado a sacar unos pesos del banco y pagar algunos meses de pensión adelantada. Necesitaba seguir luchando en esa selva gris hacia un futuro, también gris.

Había hecho algunas amistades, la mayoría habitantes de ese pensionado. Eran jóvenes de casi su misma edad provenientes de provincias dispersas y amigas, y estos, en instancias libres, lo visitaban con la idea de envalentonarlo y lo sacaban en vilo a pasar un sábado o domingo a tomar cervezas, pasear y visitar bailantas. “A todos nos pasa algo parecido, pero no decaigas porque después de la tormenta sale el sol”, remataban su saludo final con esa frase archiconocida.

Florentino, en esas instancias, sopesando el ancla de la pesadumbre, envalentonado por lo vivido y el alcohol (del cual no estaba acostumbrado), dormía tan profundo que a veces creía no ser dueño de su cuerpo.

Sucedían los días tocando puertas y las noches resultaban nostálgicas. La palabra “negrito” que empleaban muchos produjo un significativo cambio en su personalidad y una nueva actitud al verse en el espejo. Por entonces, jovial, de rasgos araucanos, pero simétrico, un poco la nariz desviada, nada le preocupaba.

Una noche después del baño se observó por algunos minutos largos y notó con pesar los signos de la amargura; ¡sí! era carbónico, lo admitía, y, ¿esas líneas en los ojos a los 22 años? Y, ¿aquellas amplias entradas en la frente?

Urgente compró algunas cremas baratas y un buen reconstituyente capilar; aunque su verdadero problema, el que le despoblaba la frente y arrugaba su cara era el asunto laboral.

Una mañana Felipe (quien había recibido un Mail) golpea la puerta de su habitación con la noticia que una empresa constructora requería sus servicios como obrero.

Corrió a su cita tan contento que en el trayecto las finas líneas de expresión se le borraron. Lo atendió el mismo dueño de una empresa de albañilería en pleno inicio, pero prometedora. Después de hacer exámenes de aptitud, controles de salud y requerimientos legales como prontuario y otros, por fin encontró la aurora sus ojos casi apagados.

CAPÍTULO VI

Conoció a Leonela Altuna en la estación de trenes de Once, salvándola del acecho de unos rufianes. Era aquella la noche de un lunes frío y otoñal. Había escaso movimiento de gente a esa hora (daban las 23.45 hs.); los trenes reducían su arribo a intervalos de una hora. El amplio galpón abovedado devolvía difuso el eco de las pisadas de algunos transeúntes tardíos, el resto era puro silencio amplificado.

Florentino estaba allí debido a un antojo remiso; le encantaba beber licuados de banana elaborados en un barcito de aquel andén. Pero, a media noche cerraban casi todos los comercios y se escuchaba uno a uno el caer estrepitoso de las persianas.

Mientras esto sucedía, después de saciar su sed, saludó al mozo y se fue. Caminando el andén, sobre una mesa cualquiera encontró un periódico viejo y, cruzado de piernas se sentó a ojearlo.

En un instante impreciso escucha un murmullo lejano como de discusiones, que de a poco fue ganando la atmósfera tranquila del galpón. Al instante, del otro lado de la explanada observa una silueta femenina, joven, con paso apurado, casi corriendo,

fisgoneando alarmada sus espaldas. Supo entonces que los dos sujetos que la seguían no eran familiares ni amigos. Notó, también, que andaban ebrios o narcotizados, no obstante, determinados.

Aborrecía las grescas; le paralizaban el pecho, seguramente un resabio sufrido de muy niño en su casa, fruto del espanto cuando discutían los progenitores. De su experiencia en Buenos Aires dedujo que interceder en medio de grescas ajenas implica adosarse un problema que nadie quiere, de allí surge el afamado lema porteño: “no te metas”. Pero una cosa era entrevero de mayores o, no sé; asalto a mano armada... otra muy distinta el acoso y la evidente violencia de género.

Por alguna razón esa muchacha le trajo la imagen de su madre y otro fue su padecer. Pronto se hizo evidente la situación de ajeo, de cacería humana. Vio que uno se adelantó y le cruzó el paso, mientras el otro asía de la cintura a esa muchacha desesperada, a la que después taparon la boca con las manos para evitar que gritara; trataban de llevarla a un baño público a un costado de la pared.

Florentino miro a todos lados buscando un policía o a cualquiera que se apiade de la situación, encontrando a nadie y, le llamo la atención, porque en esos años viviendo allí siempre fue

un mundo hormigueante. Para colmo escucha el bocinazo de la formación llegando en hora.

Si el tren arribaba a puerto, perdía de vista a la señorita y los abusadores cometerían su delito. Debía evitarlo, aunque fuese lo último que hiciera.

Buscó rápido algo para emplear como arma y lo encontró en sus manos; dobló en cilindro el grueso periódico, lo cascó en sus manos para verificar la consistencia de palo y con un estado atlético que hasta entonces desconocía logró alcanzar el otro lado del andén, justo cuando la oruga hermética pasa echando viento y bocinas, pudiendo en el intento electrificarse o ser arrollado.

Dando otros pasos de canguro le cayó de lleno, en la nuca, al delincuente que aprisionaba por detrás a la muchacha, logrando que la soltara. La siguió con el otro dándole en la cara y vuelta al primero, y así sin parar, como un ventilador humano, disponiendo también un par de patadas a los testículos y algún que otro puñetazo de sus manos huesudas.

Estaban tan ebrios que los mismos creyeron haber sido sorprendidos por alguna patota o algo por el estilo y corrieron a perderse, lejos, entre el murmullo gaseoso y metálico de las puertas del tren sin pasajeros, recientemente abiertas.

La niña yacía en el suelo, con el susto atravesado entre el pecho y la garganta, llorando a espasmos. Estaba en posición arrodillada, casi fetal; sus tembleques manos, delicadas y sin anillos, cubrían el rostro. Florentino se agachó, tocó discretamente su hombro delgado con intención de consolarla, pero ella lo espantó, aún conmovida por el suceso.

Se la veía en estado catatónico; con voz quebrada llamaba a su madre... pero su salvador la trajo en si con lentas dosis de palabras afectuosas y, con manos suaves logró sentarla y que lo viera sin asustarse.

Al parecer era una bella adolescente incaica de ojos canela, salpicado con gotas de viejo sufrimiento, igual a los suyos.

Cuando se levantó y entendió que el moreno amable era su redentor, se presentó con los modos provincianos acostumbrados por ancestros de cientos de años de existir en la tierra, he igual lo hizo él.

—Me llamo Leonela, señor. Gracias por lo que ha hecho por mí.

—Florentino Fuentes, para servirle... ¿Esta bien? ¿La lastimaron? respondió parado frente a ella, llevando disimuladamente la mirada hacia su bajo cuerpo, de una turgencia magistral. No me agradezca; puede tutearme. Aclaró, ya que por

primera vez en la vida sintió del altruismo un río turbulento capaz de romper las orillas de lo que aún no se había gestado.

Se sentaron en uno de los sillones de espera y platicaron unos pocos minutos cuando Leonela anuncia que el tren a Paso del Rey, donde residía, salía al instante. Su salvador, noticiando los cuantiosos peligros de una mujer sola en los laberintos de la noche bonaerense, fingiendo viajar también para esos rumbos, ofreció acompañarla. Fue así que se miraron por primera vez. Ese acto heroico cambiaría el destino de ambos.

Entonces, una chispa oculta en los parpados de Leonela pareció iluminar su rostro hasta hacerla sonreír.

El viaje, de casi una hora entre capital y Paso del Rey resulto algo melodramático para los apabullados sentidos de Florentino, puesto que jamás cortejó una dama ni tampoco, hasta ese momento, había pensado en ello. Contaba con escaso repertorio verbal al respecto (los libros de literatura no enseñaban esas cosas) y nunca creyó que una simple atracción física sumado al gran deseo de protegerla, desataría en su locución un cierto tartamudeo en las palabras: situación que acomodaba fingiendo carraspera.

En medio de aquel vagón deshabitado, sentados uno junto al otro, pensando, buscando sus mentes algo que decirse, mirándose cada tanto a bios y sonriéndose por nada, los invadió de pronto la prudencia, el sigilo. Un silencio arrullador, perturbado apenas por el traquetear cardenillo y monótono de las ruedas del dromedario golpeando las uniones de los raíles, por luces languidecidas de barrios dormidos que traía la ventana a su lado, por el sonido rastrero de las puertas abriéndose, cerrándose, en cada estación de paso como hacían la noche larga y pesada, una invitación a dormir sentado. Hablaron lo necesario, lo trivial, lo poco que salía de la boca de Florentino como caballero situacional, lo cual, ella, contestaba con monosílabos: “hace frío ¿No? La luna esta hermosa, redonda como una torta ¿viste? A estos trenes hay que cambiarlos, están destruidos ¡escucha como chillan los frenos; las puertas al abrirse semejan aletazos de pájaros que van por morir...”

—Me gusto esa última reflexión, se nota que lees prosa; sonó nerudiano, dijo conmovida y, agregó. Me gusta la poesía. Cuando tengo tiempo lo hago. Amo los versos de Salvatore cuasimodo, Gohete; Victor Hugo; también leí novelas de Charles Dickens, Kafka, García Márquez, Charles Bukowsky, Anaïs Nin, Irene Nemirovsky y Sábato, entre otros... Ni que hablar sobre películas. Me considero una viciosa cineasta... Dijo sonriente y aprovecho

a decirle que él también leía, pero novelas policiales y muy poca ficción.

De los enumerados reconoció a Márquez, entonces metió un bocadillo audaz, pues conocía su vida y obra al detalle. Igual con Franz Kafka...

Florentino carecía de iniciativas para sembrar en su compañera motores de nuevas charlas; el nerviosismo le hacía olvidar incluso hasta los pocos autores leídos en su vida como para dar al ambiente un toque cultural he ir enamorándola. ¿Cómo es que esta provinciana era tan instruida en literatura? Inevitablemente volvía el silencio.

Por suerte, la pesadumbre duraba poco. De tanto en tanto subía al tren algún anciano sombrío y vago, algo embriagado, cuya actitud fiestera y cancionera resquebrajaba el silencio llamándoles la atención, para luego perderse lejos entre la multitud de asientos y las puertas errantes. De pronto, también pasaba otro viejo curtido vendiendo garrapiñadas, alfajores, cafés calientes, con esa voz galopada y febril de locutor improvisado; vieron por ahí algunos jóvenes tardíos, que se sentaban quietos y bajaban presurosos en la siguiente estación.

Lo más llamativo esa noche fue la invasión al tren de un grupo de jóvenes trashumantes y trasnochados, con pelo largo, tatuados

y vestidos al modo Nemo, que caminaron el pasillo frente a ellos como en una procesión, tristes tras un féretro invisible, quienes le hicieron una seña con dos dedos en V; “paz, paz, hermano”, contesto Leonela, primero seria y al rato risueña, apoyando después la cabeza sobre el hombro de su acompañante, casi muerta de risa.

Desde lejos, Leonela escuchó la voz de un viejo cualquiera, tal vez embriagado, balbucear una canción conocida:

—¿Conoces la historia del viejo Matías de la estación donde vivo? preguntó de pronto y el trayecto les fue más ameno contándole la historia.

“Resulta que hace algunos cuantos años atrás vivía y dormía en la estación de Paso del Rey un croto, como llamamos nosotros a los misteriosos hombres harapientos y desorientados de nuestro interior. Decían que había sido un ex empleado del ferrocarril, un inmigrante devenido de la segunda guerra mundial, hijo de buenos italianos, cuya familia murió entera en aquella circunstancia.

Como nuevo emigrado trabajó de obrero en los trenes, pero pronto su soledad, la falta de familia, los estruendos de las bombas en sus pesadillas, la sangre derramada y su patria hecha escombros, taladró el presente hasta sangrar; comenzó a desvariar.

Se abandonó, claro está... Le creció la barba y la mugre en la piel. Le echaron del trabajo y como no sabía dónde ir, quedó prendado al lugar. A veces dormía en el interior de los baños públicos, otras bajo el puente, a escasos metros de la estación.

Hambriento y solo comenzó a merodear los andenes pidiendo limosna, pan, caridad, amor; pero su aspecto de mesías pulgoso denostaba rechazo ante la gente de presuroso andar.

Un buen día, un niño circunstancial, tan alto como una mesa, que viajaba y acompañaba a su padre al trabajo, se apiado de él. A casi todos los infantes la presencia de don Matías pidiendo limosna provocaba repulsión, pero este niño, apellidado Heredia, pedía encarecidamente una moneda a su padre, se acercaba al croto y cortésmente se la entregaba en la mano (Una moneda o varias; con el tiempo algún billete), sumando un saludo de buen día, señor, acepte mi ofrenda.

Así paso algunos años, donde siempre el muchacho, amablemente, le entregaba una moneda al pordiosero.

Con el tiempo, Víctor Heredia, creció. Aprendió guitarra y bandoneón, comenzó a componer nuevas canciones criollas y con ella, la nostalgia de un viejo Matías, que, por esa época, aún vivía. Entristecido por lo que le deparó la vida, compuso una canción..." Relato, y, como Florentino desconocía la historia,

pero si la canción y al cantante, cantaron unos tramos del tema a dúo, sumándose en coro un anciano sentado al fondo del vagón.

Después de esa conmovedora historia, Leonela contó la suya, informándole que era oriunda de Formosa, donde la pobreza era un fantasma de todos los días y, mujeres como ella, con ganas de trabajar y crecer, sembraban el cono urbano al igual que miles de inmigrantes latinoamericanos. Dijo que tenía tres hermanos, que junto a sus padres trabajaban un latifundio ajeno, en el cual sembraban algodón, maíz, criaban animales y tenían una hermosa huerta. Algo parecido a su familia de Santiago.

Administraban una empresa familiar de hilados y tejidos artesanales, donde elaboraban ponchos, camperas, sombreros y otras utilidades humanas, pero su venta en un sitio sin turismo alcanzaba solo para sobrevivir a saltos los largos meses del año.

Reveló, lastimosamente, que hacía alrededor de un año vivía en Paso del Rey (decisión personal de marcharse con el fin de progresar, salir de la inopia), en el mismo lugar de trabajo, lejos de la estación, a metros de un río conocido; era aquel un pequeño emprendimiento dedicado a la confección de ropa deportiva, regentado por una familia de bolivianos.

La razón por la que se encontraba en madrugada y en pleno Once fue debido a un viaje de visita a sus padres, el primero

después ese año, cuyo único micro de regreso la depositó en capital, justo a esa hora incauta por inconvenientes mecánicos.

Al fin llegaron a destino. Florentino desconocía por completo aquella ciudad nostálgica, llena de luces y sombras pétreas, abandonada en esa hora a la pausa necesaria del hombre en su descanso del día y, negándose al petitorio de Leonela de que volviera, ofreció caminar con ella hasta su casa.

Como argumento, señaló la inseguridad, tal cual aconteció en Once; otro paso audaz y decisivo de aquel hombre sorprendente, que de cualquier manera intentaba acceder a su mundo, a su corazón formoseño. Aparentaba ella ser algo tímida, pero Florentino había roto aquel cristal opaco e indeseado; sin explicación alguna, ambos presentían conocerse de toda una vida, quizás porque sus historias eran dos espejos mirándose en los caminos del cemento bonaerense...

Entonces, Leonela decidió andar en su compañía. Darse el permiso de conocerlo un poco más, de escuchar su romántico tartamudeo, sentir los pasos de ambos hecho eco entre las paredes de casas dormidas y la solemnidad de la noche, de observar, a ratos, su alto perfil de hurraca, su aura sincera, esa necesidad de protegerla y sentirse protegida, esas ganas de besarle, de pronto, la boca hasta que aparezca el alba.

Llegaron a una esquina lumbrada por un foco triste y legñoso de bichos; “vivo por allí, a media cuadra”, anunció señalando con el dedo una manzana en penumbras, al pie de un caudaloso río.

Era aquel un barrio agostado, pero tranquilo, cruzado por calles de tierra oscura y perros vagos, con casas a medio terminar, sin veredas firmes, escombros por doquier y autos viejos y llenos de basura, creciéndole pasto dentro. Hacía un frío de diablos, les salía vapor al respirar y a cada palabra expelida. Remoto se escuchaban gargarismos lerdos de pequeñas olas rompiéndose en la costa y ranas croar, más un perceptible hedor a fango emponzoñaba la atmósfera.

Florentino, sin mucho que decir, improvisó una frase corta a modo de pregunta, cuya respuesta positiva sellaría sus rumbos para siempre “¿Puedo volverte a ver?”

CAPÍTULO VII

El fin de semana siguiente, Florentino tenía en sus manos una cita de amor. Era la primera vez que la imagen de una mujer abarcaba todo el ancho espectro de sus sentidos.

Pasó cada uno de esos días caminando sobre nubes algodónadas, desojando pétalos de flores perfumadas que capturaba en algún jardín cualquiera, diciendo, como un mantra; “me quiere, la quiero, me quiere, la quiero: nos queremos...”, contando los días restantes del almanaque como recluso una pena de muerte...

En su trabajo como peón de albañil, bien conocido, pues hacía más de un año estaba empleado, debieron llamarle la atención porque armaba pastones aguados, confeccionaba niveles inclinados, entregaba herramientas equivocadas, cuando siempre fue intachable.

Por las noches dormía poco y mal, reviviendo los momentos de azar cuando conoció a Leonela; con la sola idea de estar frente a ella su corazón no hallaba el centro de equidad, tomar su mano, decirle “te quiero” como a las flores y a sus pétalos, creyendo, tal vez un rechazo...

Maldijo en silencio su inexperiencia en cuanto a mujeres, atribuyendo culpas a su severa infancia y a su padre, por obligarlo a seguir una vida abyecta y también, a sí mismo, puesto que muchos viejos compañeros golondrinas les invitaron a burdeles y, siempre se negó.

Siendo adolescente sintió atracción por mujeres muy bonitas, pero su mayoría eran de condición social elevada; hijas de arrendatarios de campo, maestros rurales o nobles empingorotados, quienes, quizás, se fijaron en él (o no), en todo caso sus progenitores las disuadían severamente, argumentando no estar a su altura.

Lo cierto es que aquella brecha de status social, inalcanzable, bloqueó para siempre su impulso interior al punto de traumatizarlo ¿Quién iba a fijarse en un labriego que usaba ropa raída, alpargatas rotas en los dedos y remansos de una piel endrina?

Estos prejuicios, hoy, sabiendo que Leonela lo deseaba, quedaron atrás. Sin embargo, debía prepararse mental y físicamente para enfrentar al supuesto fantasma...

Ese sábado, previo al encuentro, creyó prudente comprar ropa adecuada, algún perfume suave y un potente desodorante que

mitigara el hedor almizclero de sus axilas, ya que los estados de estrés le hacían transpirar.

Pasó horas recorriendo varios negocios de la capital y, nada lo conmovía hasta que un viejo sastre, preguntando su situación personal y algún detalle de la conquista, recomendó vistiera un pantalón pinzado color pastel, camisa al tono y un saquito invernal, de estilo ejecutivo en terciopelo tostado, haciendo juego con sus zapatos.

Se lo proveyó y se vistió muy tranquilo, al ritmo de su típico espíritu casquivano adquirido gracias al eterno calor de Santiago.

—¡Excelente! muchacho, pareces hijo de diplomáticos, o, mejor un corredor de bolsa. Si ¡Eso! Comentó el maduro señor con su cinta de medir colgada sobre los hombros, encuadrándolo con los índices y pulgar de los dedos y, Florentino lo miro extrañado, ya que desconocía esas dos profesiones; la última le sonó a empleado de Maldiva.

—Nada de eso; con esta pinta seguro la muchacha querrá casarse.

—¿No será mucho, señor?

—Perdón, pensé que la chica te gustaba...

—Digo, el precio...sentenció mirándolo con gesto risueño, y después de un corto silencio ambos estallaron en carcajadas.

Era la primera vez que se animaba a realizar un chiste, más ante un desconocido, y lo festejó como si hubiese acertado el cartón de un bingo. Hacía siglos que tampoco se reía como en esa oportunidad.

Esta deferencia pertinaz, sin malicia, por cierto, lo atribuyó a la emoción enamorada, a ese sublime estado de gracia que de alguna manera infundía a su nueva personalidad los mecanismos internos, capaz de desbloquear para siempre los tormentos de aquella timidez hierática.

El festejo con el anciano fue su gloria. Luego compró lociones, cremas para las manos de momia debido a su trabajo con cal y cemento, ropa interior, un potente dentífrico y enjuague bucal. Más tarde, un joven coiffeur de femeninos modos y dedos largos, repletos de anillos, acomodó su pelo puna a un estilo ejecutivo clásico, observándole siempre la entrepierna, cosa que le ruborizó. Pero su estilista, lenguaraz, acostumbrado a interceder en la historia de otras vidas como lo hacen los psicólogos o las comadronas cuando se juntan al barrer veredas, disuadió aquella incomodidad en su cliente con argumentos sencillos, dirigidos a la impronta de su cara ahora despejada, que seguro gustará no solo a ella, sino a la gente en la calle.

Fue despedido con un beso en la mejilla, recomendándole si acaso fracasara con su chica, él mismo se encargaría de consolarlo.

Entonces apareció la hora. Leonela arribó a estación Once con la puntualidad hermética de los trenes eléctricos argentinos, que no es Japón, pero andan bastante bien a ese respecto. Entre una multitud bullanguera ella resaltó entre todos no tanto por su indumentaria, pues vestía sencillo, con jeans azul más una camperita risueña, sino porque Florentino la veía de ese modo; una gema tornasolada que, contra luz, irradiaba pureza.

Ante el encuentro, el galán, parecido a un cajero de banco, le extendió una mano discreta y un “Hola ¿cómo estás?” igual a un amigo o transeúnte cualquiera. En cambio, Leonela, sonriente, tomó sus falanges, lo empujó hacia sí y acercó un beso de su boca a la suya, dejándolo perplejo.

Como era temprano resolvieron primero cenar por ahí, después fijar destino. Contaba él con dinero, había sacado dolorosamente unos pesos del plazo fijo, nunca mejor gastado.

Siendo simples provincianos visitaron una parrilla de renombre popular. Esta servía entradas frías y un menú a discreción. Florentino pidió un vino añejo de la casa y degustaron chivitos y otros manjares.

Del restaurante, entre risas y alborozos, tomaron en Once un tren que los detuvo en estación Boedo, donde a pocas cuadras existía una bailanta que derramaba chamamé por ventanas y puertas; ritmo que conocían y amaban. Danzaron hasta la

transpiración, se divertieron como nunca y al final, su compañera le tomó del cuello y le dijo al oído “vamos a un hotel, amor”...

—Es que no sé, no conozco hoteles, no...no...no se...hee..

—Ven con migo, yo sí. Dijo sin preámbulos y lo sacó en vilo...

Muy cerca de allí, a metros de una colectora, radicaba un hotel elegante llamado “Cupido en calzoncillos”. El risueño nombre logró desatorar de su garganta el estado de terror que no le dejaba respirar con tranquilidad.

Era un alojamiento Glamoroso, discreto, lleno de habitaciones, con servicio interno, televisor y una nevera llena con todo tipo de licores. Florentino era casi abstemio, sin embargo, de los nervios, decidió abrir una petaca que contenía un fino whisky casi transparente, cuyo primer trago le incendió la garganta. A un tiempo, Leonela colgó la campera sobre el respaldo de una silla y se introdujo al baño con su cartera, dejándole flotando en el aire una sonrisa traviesa y un guiño de sus ojos de miel, mientras su amado, parado, manos a los bolsillos, quedo en ascuas.

Se sentó sobre la cama, repasando con la vista aquella cálida habitación de colores mezclados y piso parqué, pintorescos cuadros tachonados con deidades desnudas, asombrado por el fino cubrecama de raso azul, tanteando la almohada rellena con

algo suavísimo. Escuchó luego el ruido de lluvia proveniente del baño y la voz remota de Leonela decir “¡ponte cómodo, amor, ya salgo!”, lo cual, tuvo un efecto de tranquilidad momentáneo, ya que esos minutos servían para esperarla o salir corriendo. Optó por lo primero, claro, la deseaba, la amaba y no se trataba de un sentimiento platónico como los de su adolescencia perdida.

Al ahora decidido novio no lo atormentaba tanto su debut, sino su inexperiencia sexual y la opinión que pudiera vivenciar su chica al respecto, aunque resolvió espantar esos demonios imprudentes con dosis de optimismo y un par de tragos a la petaca, abandonada sobre la cómoda. Gracias al poder desinhibidor del alcohol logró desnudarse (acomodando cada prenda dobladita sobre una silla), para luego esperarla bajo las sábanas tibias de aquella noche inconmensurable.

Aunque no podía evitar sentir hormigas en el cuerpo, tomó el control y encendió un pequeño televisor plasma, creyendo encontrar alguna película de acción o un noticiario que lo saque del nerviosismo, pero no, todo lo contrario; apareció de lleno y sin anuncios escenas de sexo explícito. Desesperado tuvo que desenchufar el aparato, ya que no encontró la forma de apagar o cambiar la programación. ¡Obscenos del carajo!, despotricó!

Su bella Leonela abrió la puerta veinte minutos después y quedó un rato parada bajo el vano, en una especie de pose de modelo para fotografiar, mientras la luz intensa y el vapor condensado del baño dibujaban su escultural silueta cubierta por un babydoll transparente. Esa fenomenal aparición hizo que Florentino se pusiera blanco de asombro, inexpresivo.

Enseguida, Leonela, sabiendo del efecto narcotizante de sus curvas, dejó en el piso aquella mágica prenda, exhibió su cuerpo un ratito buscando algo en el interior de la heladera e instantes después se metió bajo las sábanas, preguntándole si estaba bien, porque lo veía algo pálido, medio gris.

“¿Te gusto mi amor?”, preguntó ella dulcemente acurrucada, con una voz tan delgada como el sonido de una nota de violín, y su lívido amante respondió —sí— como pudo, pues le temblaba la pera, y se le acentuó el tartamudeo.

CAPÍTULO VIII

Igual a una mosca en el interior de una copa boca abajo, Florentino quedó presa de aquella arrolladora mujer. Ahora no estaba solo, como antes, como siempre; el mundo y su colectivo de gente ya no eran de un gris ceniciento con el que miraban sus ojos tristes.

Comprobó que vivir tenía sentido, que Buenos Aires era de plata y de oro. Se levantaba temprano silbando un chamamé, calentaba la pava de sus mates moviendo las caderas con ritmo de comparsa, besaba los espejos como besaría a Leonela todos los días de su vida si la tuviera a mano. Era su deseo. También ella había expresado esa ansia de quererlo para siempre, “pero debemos conocernos más”, comentaba razonablemente, aunque él creía saberla de milenios, desde antes que se edificara la tierra y no comprendía el porqué.

La distancia y la incomunicación, ahora, le dolían en el pecho, trastornaban su existencia. Así fue que un día compró su primer celular. Se usaban los teléfonos medio táctiles y con botonera, a

pesar de ello pidió uno simple, con grandes números como para miope y luz de linterna. Un técnico le explicaría su funcionamiento y, aunque prestó denodada atención, recibir y mandar mensajes fue para él tarea de titanes al que le costó domesticar.

Después de cinco meses de noviazgo, de pasar fin de semanas calcos en bailantas y hoteles memorables, de esperarse, encontrarse, amarse, despedirse y siempre soñarse, Florentino decide proponerle matrimonio.

La sorprende con la compra de un terreno de sospechosa tierra baja, junto al río, a metros de su trabajo como costurera. Para ello gastó la mitad del plazo fijo y con el sobrante adquirió material para la construcción, plomería y electricidad, algunos ladrillos huecos y lo necesario para proteger su propiedad de las inclemencias.

Un negocio por ahí le ofreció el saldo de chapas usadas; un centenar que utilizaría para agrandar la mansión.

En uno de sus íntimos fin de semana, cena mediante, el moreno galán corta una conversación trivial anunciándole la novedad, cosa que la tomó por sorpresa, pues hasta ahora siquiera le había pedido en matrimonio. Pensó que su amado se había adelantado a una cuestión delicada, sin embargo, lo dejó hacer.

Para el postre, extendió sobre la mesa el boleto compra-venta del terreno firmado días atrás, además un croquis personal de la supuesta casita, que ella podría corregir. Agregó: “por fin podrás salir de ese cuarto trasero a la que estas confinada. Yo te quiero y te cuidaré mucho”, sentenció.

La palabra confinamiento era en verdad la más apropiada. Leonela pasaba horas largas metida dentro de esa casa junto a cinco o seis compañeras de labor, obligadas a trabajar casi sin descanso. Era una residencia grande que alquilaba un matrimonio de bolivianos y, tanto puertas como ventanas estaban siempre cerradas y selladas, al parecer por temor a la ley, como después supo.

Allí el día jamás entraba, se había fusionado con la noche y con el ruido monótono de las máquinas de coser. A todo esto debía soportar la disciplina férrea de sus dueños, quienes ante la sociedad mostraban ser juiciosos, siempre con su dialecto lastimero, sin embargo puertas adentro la cosa cambiaba; comían rápido y mal, para ir al baño debían pedir permiso, enfermar ni pensarlo y salir estaba permitido una vez a la semana, por simple caridad y no por deseo. Salir de allí era comparable a la libertad del sol en las praderas, al de los pájaros en sus nidos, a la lluvia venidera.

De modo que estaba feliz con la noticia y aunque Florentino le aclaró que deberían empezar de abajo, ella no lo dudó.

Inmediatamente, al visto bueno por la novedad, su novio pela del bolsillo un pequeño estuche blanco, en cuyo interior brillaban dos anillos dorados “¿Quieres casarte conmigo?”

Los pocos materiales comprados a ojo parecían no alcanzar. Había quedado corto. Además, comprendió que era imposible pagar a un albañil cualificado, de modo que decidió renunciar a su empleo y usar sus propias manos para realizar la edificación.

Su patrón, un tal Edelmiro Asturias, un catalán de buena cepa, conmovido por la historia de aquel romance y la idea del emprendimiento, realizó un viaje hasta el terreno en Paso del Rey y cuando lo ve casi cae de bruces: era demasiado bajo para su gusto, cualquier mínima crecida del río podría traer problemas. Necesitaba unos buenos cimientos y abundante tierra.

Florentino, ignorando aquel enorme detalle casi hecho a llorar. Su presupuesto, escaso para modificaciones de última hora, languidecía; lo propuesto por Asturias era como hacer la mitad de otra casa ¡imposible!

Edelmiro vio en los ojos del muchacho su ilusión apagarse cuando este se sentó sobre una piedra, rendido, con una mano en

la frente. “¡Hombre! Vamos, no decaigas.” Dijo palmoteándole la espalda; “te daré una mano y considérala tu indemnización.”

Al otro día, plano en mano, Edelmiro apareció con unos cuantos albañiles de su empresa y varios camiones de tierra. En menos de diez días construyó los cimientos, colocó cañerías de desagüe, cavaron el pozo séptico, perforaron la tierra y colocaron un motor para tener agua potable; elevaron las paredes de dos habitaciones y el baño hasta el lindel. El resto le quedó como labor a Florentino, más le dejó un brasero experto en techado de zinc, al que le ayudó de buena gana.

—Si alguna vez necesitas trabajo o lo que sea, solo llámame, expresó Asturias dándole un fuerte abrazo.

Terminado lo mínimo indispensable y, gracias a la ayuda de su ex patrón, le sobró material. Con él hizo las bases de otro amplio cuarto (quizás en el futuro un living), lo relleno con hormigón y con las chapas usadas elevó las paredes y colocó techo.

Más tarde, con Leonela ansiosa, quien había renunciado a los bolivianos (y vivía en una pensión allí, en Paso del Rey con su prometido), colaboró con el resto de las terminaciones y compró algunos muebles en un mercado de usados.

Cuando pudieron conectar la luz, provisoriamente clandestina, partieron al registro civil acompañados por Felipe Quiroga y Bárbara Trepidal (compañera de trabajo de Leonela), fieles testigos de aquel espontaneo matrimonio, quienes con los suyos, por la noche, sellaron el festejo con pollo asado y un memorable brindis en la nueva residencia.

Esa noche, antes de dormir, cuando despidieron a sus comensales, hicieron el amor con tanto afecto que amanecieron abrazados y tibios, livianos, sentimentales como un bolero de Manzanero.

Ella se levantó primero, preparó mates con pan, manteca y mermelada y sirvió de almuerzo sobrado en la cama para nuevamente seguir amándose. Los sueños estaban cumpliéndose, por ende, el tiempo se detuvo entre sus dilatados ojos, el sexo juvenil, diligente, los besos nuevos, la casa suya...

Los padrinos regalaron al matrimonio un buen dinero (usanzas de este tiempo), que serviría para vivir lo menos un mes, pero cuando dos días después acomodaron la psiquis a la realidad, supieron que ambos estaban sin trabajo.

La casa exhibía lo mínimo indispensable como mesa y seis sillas, un aparador gastado, su cama grande y el ropero. Otra habitación, medio despoblada de cosas, contaba con una bacha

abrazada en cemento, una cocina usada hasta la desesperación y como alacena, cajones de manzana.

Por fuera era igual a muchas residencias precarias de ladrillos pelados y chapas por doquier. Necesitaban lo que requiere el mundo capitalista como heladera, calefacción, televisor, computadora y tantas otras cosas, pero más que todo trabajo.

Aquellas serían proyecciones a futuro, porque un día no muy lejano apareció Leonela diciendo que estaba embarazada.

Por suerte Leonela arregló un contrato de trabajo con los vecinos bolivianos. Estaban algo irritados con ella, por su repentina independencia, pues, ya no podían ejercer presión constante ni obligarla a nada ni privarla de ir al baño.

Como se trataba de una de sus mejores cosedoras terminaron por alcanzarle una máquina a su misma casa para producir sus ropas. El matrimonio se las arreglaba de maravilla; mientras uno cocía el otro acomodaba, etiquetaba y apilaba parvas de remeras, prendas atléticas y hasta jeans, cuyos destinos desconocían. Por otro lado Florentino realizaba changas de albañilería, cuando una o dos veces por semana aparecía una camioneta en una esquina cercana donde se juntaban labriegos con ese fin.

Transcurrió bastante tiempo entre máquinas de coser y trabajos esporádicos hasta que alguien le avisó que el estado daba

subsidios a gente desempleada, algo llamado “Planes jefes de hogar”, beneficio al que accedió también Leonela. Todo sumaba. Ahora ya podían ver con mayor claridad las cosas propias, es decir comer y pagar algunos impuestos, aunque proyectar aún no estaba en sus planes.

Más tarde Florentino pintaría un cartel con burdas letras cursivas: “Limpio terrenos, podo árboles.” Pronto lo ocuparon varios moradores de la zona.

Un día el muchacho habló con un viejo vecino aquejado de artrosis, ya jubilado, que lo invitó a tomar mates después de contratarlo para podar unas acacias, que en épocas de viento solían cortar los cables y la luz del vecindario. Hasta que sus coyunturas quedaron totalmente oxidadas, don Ateneo Alsogaray, antiguo trabajador municipal dedicado a la recolección de residuos, juntaba cartón en las calles. Le habló de experimentado buhonero a un nieto perdido “si lo ves desde el punto de vista existencial, circunstancial y no tienes prejuicios, el cartoneo te ayudará a comer, hijo”, le dijo el anciano. “Se paga por kilo y son muchos los que por las noches dejan cajas y cajas sobre las veredas. Debes doblarlas, cerrarlas y acomodarlas en la chata; también puedes revisar los contenedores, mucha gente hecha allí cosas de bronce, muebles y hasta comida. ¡Te sorprenderás las cosas que se encuentran!” Sentenció.

Y así fue. Alzogaray tenía como propiedad un carro construido con chapa sencilla, pintada de blanco (ya gastado y percutido), con ruedas de bicicleta, tirado por un ciclomotor marca Zanella, que necesitaba compostura. Se los vendió a plazo, le extendió su circuito de trabajo (cuarenta kilómetros en manzanas de importantes negocios en Paso del Rey), y también al hombre que compraba todos los productos recolectados; recomendó realizar el trabajo en madrugada.

CAPÍTULO IX

Para el alumbramiento de Jonathan pudieron comprarle ajuar, ropa y amueblar algo su casa semi vacía debido a que Leonela fue contratada por un autoservicio importante. Ahora contaban con sueldo, obra social y tarjetas de crédito, un arma de doble filo que los endeudo hasta el cuello. Debido a ello ambos sacrificaban horas largas del día trabajando a destajo; Leonela en su empleo como cajera y cosedora, Florentino cartoneando muy de madrugada (hora que aprovechaba para tirar anzuelos al río para recoger sus peces al regreso), cuidando a su hijo y changueando donde pudiera.

Jonathan había nacido ochomesino y una incubadora resultó su madre sustituta al menos un mes. Cuando le dieron el alta se había convertido en un niño fuerte y rubicundo. Su padre, que pasaba tiempo valioso con el niño gracias al desempleo crónico y a la combinación de labores con Leonela, aprendió a cambiar pañales sin hacer arcadas, medir en el brazo la temperatura adecuada del biberón, confeccionar papilla y diversos purés de los almuerzos; aprendió su embolismático idioma a la perfección y

sabía cuál llanto era por hambre, frío, calor, sed o necesidad de afecto.

Por entonces calefaccionaban la casa con una salamandra encontrada en el basurero municipal y contaban con un viejo computador para amigarse un tanto con la tecnología. Allí subían fotos de los celulares de cada momento ilustre.

Padre e hijo pasaban largas horas hablando junto a ese calentador herrumbroso, donde le contaba que mamá estaba en el trabajo para traer comida a la casa, cómo se conocieron, su vida en Santiago; sus tíos, que tenía abuelos y hoy los extrañaba tanto. Jonathan lo miraba con ojos sorprendidos, movía bracitos y pies y sonreía.

Cuando llegó septiembre, aquel primer calor natural tan esperado en los bajos, Florentino salía al barrio por compras o simple paseo llevando al pequeño en brazos, y las vecinas, almibaradas, dejaban la escoba para felicitarlo, decirle cosas a Jonathan en lenguas mesopotámicas y en diminutivos, las cuales el niño festejaba.

Así paso algunos años, ambos sumidos en una frágil tranquilidad discretamente tolerada, solo rota en la moral de Florentino por carencia de un empleo firme, por este país evolucionando al revés del mandato divino.

Un día tuvieron su primera discusión de pareja, percibida por Florentino como un balazo en el pecho. Se trataba de niveles sociales, obviando la impotencia mordaz que él sentía por no ser admitido en empresas a las cuales había extendido un currículum. Resultó después de un lunes memorable, cuando se atropellaron varios cobradores de artículos sacados con pagos mensuales.

—Estoy cansada de trabajar y aportar siempre, mientras tú te rascas los huevos, espetó sin anestesia una tarde después del trabajo y, él la quedó observando, impávido.

—Hago lo que puedo, amor; trabajo, cuido al niño, es que...

—¡Estoy podrida! Me llueven cobradores aquí y en el trabajo, mientras tus cartones y changas ¿dónde están?

—Tú sabes que se diluyen en la casa. Trabajamos juntos, se pagan cosas...

Pero lo dejó con la palabra en la boca. Se dio un baño, después tomo al niño y se acostó a dormir. Andaba estresada; en el supermercado le llamaron la atención por una equivocación en el precio de un producto, que terminó pagando ella.

Más tarde amaneció completamente arrepentida y cuando quiso restablecer la vida de relación, su esposo no estaba etiquetando, doblando o cociendo prendas para ayudarle, sino ausente. Llegó de noche y ella, dolida, lo besó a cuenta pidiéndole perdón.

—¿Dónde estuviste?

—Anduve cartoneando y revisando contenedores, dijo y entre algunas porquerías dejó sobre la mesa un arma antigua, un pistolón trabuco del año 1760 con dos cañones, que después vendieron a un coleccionista a buen precio y sirvió sobradamente para ponerse al día.

También dijo haber pasado un rato mirando un partido de fútbol en Villa Zapiola, Paso del Rey social club. “Mi hijo será deportista. Lo haré socio”, comentó esa vez y nunca supo el porqué de aquella decisión, ya que ni a uno ni a otro le interesaba el fútbol.

Cuando Jonathan cumplió cuatro años lo único que quería era un balón de fútbol. Fue así que comenzaron a jugar en el patio a penales y gambetas, que el niño realizaba con maestría después de copiarlas mirando televisión. Sin embargo no las calcaba, sino estaba en su sangre de atleta aquel benemérito deporte.

A los cinco años, después del jardín, era tal la ansiedad por jugar; pasaba horas enteras pateando el balón contra la pared del vecino que un día de siesta tuvo el primer altercado.

En un gesto inteligente, así despuntara el vicio y descargara energía, Florentino llevó a su hijo hasta el club Villa Zapiola; la

idea consistía en que tuviera sus primeras relaciones sociales, además de los amiguitos de escuela y se acostara cansado.

A este lugar solía llevarlo en la moto, dentro del carro, pues así le gustaba al chiquillo “hazle caso al técnico, hijito”, decía despeinándole el cabello “luego paso por ti”. Él lo quedaba mirando un rato oculto detrás de la alambrada, mientras Jonathan corría feliz tras un balón que le llegaba a las rodillas, ágil como pantera, torpe a veces en sus primeras incursiones. Por las noches, padre e hijo charlaban de fútbol y cuando Florentino le preguntaba ¿qué aprendiste hoy? Jonathan, ensimismado, con voz dulce pero empeñosa, relataba cada paso estudiado, estrategias, jugadas en equipo, teorías del reglamento y cosas por el estilo. “Pero el técnico no sabe mucho, papi, yo a veces hago mis propias jugadas”, lo sorprendía.

Y así paso un año más; el niño ahora en escuela primaria, engolosinado con su deporte favorito; mamá en lo de siempre y su padre cartoneando, trabajando duramente en changas esporádicas de albañilería, aunque andaba con la moral hecha un trapo de no conseguir empleo genuino. Ya no se trataba de un tiempito corto; seis años y la sociedad empresarial no lo aceptaba. Su esposa intento hablar con sus patrones, pero nada.

Esta cuestión terminó por desgastar un tanto la relación y afectó su sistema biológico; comenzó a provocarle los primeros

insomnios, los cuales domeñaba tomando pavas de mates en la habitación de chapa o con un farol pescando a orillas del río.

Temprano, a veces sin dormir, montaba la moto, vendía los cartones y metales encontrados, traía facturas de una panadería y despedía a Leonela su partida hacia el supermercado, ahora con un beso en la mejilla. Después la pasaba con su hijo y la vida se encendía como una gran antorcha de alcohol, de un azul divino.

Un día no muy lejano, cuando Jonathan cumplió ocho años y en esa oportunidad dormía, Leonela decide hablar con su esposo cara a cara. Algo intuía, algo que él pensó jamás pasaría. Cuando le dijo “conoció a alguien” a Florentino se le desprendieron los huesos del cuerpo y estos, hechos trizas, cayeron hasta el fondo de sus pies con un ruido de cristales rotos.

Era tal el vacío en su piel que sintió el cuerpo lleno de aire. Al instante, como naipes tirados a la marchanta por un prestidigitador, convergieron en imágenes todos los días de su vida después de haberla conocido. Se le llenaron los ojos de lágrimas, el oxígeno costaba tragarlo. Leonela no lo culpó esta vez; se mantuvo discreta, tratando de no herirlo con detalles que él preguntaba y ella evadía.

—¡Tanto que hice por ti, por la casa, por nuestra familia y me pagas con esto!

—Somos grandes, Florentino, tenemos derecho de arrepentirnos, decidir nuestras vidas, elegir otro camino.

—Pero ¿qué te he hecho? Solo estoy triste por no conseguir empleo y sabes que hago mucho por la familia.

—¿Y qué has hecho en todos estos años? ¡Nada! Sé que trabajas duro, pero no es la vida que quiero. De tu “nada” surgen las obligaciones a pagar de esta pocilga con olor a humo de leña y futuro de basural, de pescado de río, de navidades con dos o tres amigos.

A Florentino, este arbitrario resumen le devolvió los huesos al cuerpo y tuvo intención de abofetearla, sin embargo, apeló a la misma paz que balanceaba su mente en este tipo de circunstancias y, la dejó balbucear. Lo decidido, decidido esta. Rogar, no, tal era su orgullo; dramatizar ¿para qué? Violentarse, le bastaba la mala conducta de su padre para descartarla.

—Bien, tú quieres el divorcio ¿no?

—Si... Con Alonso queremos casarnos, formar una familia nueva. Vive en Moreno y tiene una empresa de chacinados...

—Perfecto, dijo sorprendiéndola. Como experto en chacinados debe tener un buen chorizo, comentó sarcástico, pero el tiro le salió mal dirigido y, como búmeran, le cercenó el cuello.

—Si te refieres al pene, podría compararlo con una botella chica de coca cola. Me hace llorar de placer.

Aquella esporádica oración se convirtió en un golpe bajo, fatal, indigno; la respuesta exacta a su socarronería que toleró con estoicismo, aunque la miro con ojos asesinos. Su dignidad de hombre ante otro hombre de portentosos atributos y mejor posición social, lo obligo por la diplomacia de rendirse. Aunque tomo sus armas y arremetió.

—Te doy el divorcio pero me dejas al niño, y esto no se negocia. Dijo categórico cruzando los brazos.

—Hecho, respondió ella, instantáneamente y le estrechó la mano.

Leonela amaba tanto a su amante que no tuvo objeciones, pero también lo quería a Florentino y se lo dijo; era algo parecido al amor de hermanos o de familiares, algo que no lograba expresar en palabras.

Lo cierto es que quedaron como amigos, íntimos amigos del cual compartirían a Jonathan y sus necesidades, aunque en el fondo, quizás Florentino estaba dejando la puerta entornada de un hipotético arrepentimiento, que nunca sucedería.

CAPÍTULO X

Después de armar los bolsos, Leonela subió al auto que la aguardaba. Antes quiso hablar con su hijo, explicarle la situación, pero Florentino la detuvo argumentando que lo haría él mismo, con la tranquilidad de la mañana. Pensó que la noticia podría tocar algunas fibras íntimas en el pequeño y ya nunca más podría dormir tranquilo. Por otro lado, con la casa vacía, vacía de Leonela y su andar, cocer, reír, existir, y la noche trepidando en una espesa nube amarga, insomne, redactó unas misivas instantáneas y mando la carta a casa de sus padres en Santiago. Quería saber de sus vidas y que ellos sepan que estaba bien.

Luego opto por pasar el día entero con su hijo, desayunar, almorzar, llevarlo a la escuela, al club, después, en el sosiego de la noche hablar sobre la decisión tomada por sus padres.

De modo que lo despertó como siempre, acariciándole el cabello, besándole la frente, soplando palabras suaves para no trastornar su espíritu al desperezarse, y algo intuyo el niño, como si tuviera un sexto sentido. Percibió la ausencia de Leonela con el mismo sonido hueco de cuando se toca la aldaba de una casa vacía: “tu madre fue al trabajo, hijito”, contesto con la mirada

esquiva. “Pero, se llevó toda su ropa —dijo señalando el ropero abierto—, los perfumes de la cómoda, las peinetas...” No pudo evitar contarle la verdad, que, claro, le cayó como una pesada ancla del cielo.

Intentó explicar que se trataba de una decisión de adultos, que la pareja, sumida a tanto trabajo y a tantas obligaciones se fue desgastando, y a pesar de entender a la perfección el derrotero que es la vida de los pobres, su esencia estaba atada fuertemente al vínculo familiar, a los tres como uno. Lo confundía su madre, su alejamiento, así, sin más, pero Florentino recalcó que ella no se había ido para siempre, sino estaría conectada al teléfono, a las reuniones escolares, cumpleaños, y una vez por semana iría a pasarla con su nueva familia, que era cuestión de acostumbrarse.

Tantas cosas en remolino pasaban por la mente de Jonathan ese día que se negó a desayunar, a comer, a ir a la escuela y lo hizo por una semana. Solo admitía jugar fútbol, pero al dejarlo en el club, el pequeño le negaba el beso.

A Florentino esta novedosa e inesperada rebeldía le dolía más que la propia separación conyugal.

En esos días debía resolver no solo el atrincheramiento emocional de su hijo, sino la disposición de su trabajo y el dinero para comer, pagar servicios y vivir. Llamó a Leonela y le explico

la situación. La idea era que le hablara ella, que el niño supiera que a pesar de su lejanía física, lo quería. Entonces se lo llevo unos días, exactamente una semana, y al parecer regreso algo más repuesto, mostrando una leve sonrisa, dándole un abrazo fuerte a su padre.

Mientras tanto se dispuso a cartonear de madrugada, como siempre, después hablo con una constructora que lo contrato medio tiempo, del cual saldría justo para buscar a su hijo de la escuela y llevarlo al club.

En ese ínterin, a medio día, un par de sujetos golpean la puerta de su casa. Le preguntaron si era Florentino Fuentes, padre de Jonathan. Luego se presentaron como autoridades del club deportivo Zapiola y pidieron hablar unos minutos con él respecto a su hijo. De movida, viendo las condiciones habitacionales, los directivos se mostraron algo desconcertados, alarmados. Por las prendas deportivas que el niño vestía en el club (además de usar las del predio) creyeron vivía como clase media, sin embargo, dieron cuenta que alguien en la casa gastaba a discreción sobre ese detalle.

Florentino revelo aquello, diciendo que gastaba más de la cuenta con tal que su hijo fuera feliz. Los invito a sentarse en unas sillas algo ajadas, pidió disculpas por el desorden y su precariedad,

mientras sacaba una pava tiznada de la salamandra para convidar unos mates.

Los señores, antes de transmitirle la verdadera noticia, creyeron prudente indagar al padre y de allí tener en claro de quien era Jonathan Fuentes, su familia y relaciones sociales.

—Lo visitamos porque el niño hace una semana anda con las piernas de lana. Está falto de voluntad, una pena. Estamos muy preocupados; usted sabe qué tipo de atleta es su hijo, ¿verdad?

—No. En realidad, el futbol no me interesa demasiado. Tengo tantos problemas económicos que la paso cartoneando y trabajando en lo que puedo. Con respecto a la apatía de mi hijo, debo enunciarles que coincide con una etapa de separación conyugal, del cual mi hijo todavía no acepta la ausencia de su madre.

Los visitantes se compadecieron, comprendieron lo que le sucedía al niño, y acto seguido pasaron a detallarle quien era él.

—Señor, su hijo es un crack, un fenómeno, algo fuera de serie, comento Leonardo Saravia afirmando las palabras con un gesto de seriedad salomónica.

—No entiendo, comento su padre más preocupado por comer mañana que por las destrezas futbolísticas, hasta hoy ignoradas.

—Su hijo es muy conocido en Paso del Rey. Incluso existen videos en Youtube de sus proezas y habilidades. Recuerdo el

mismo día que comenzó a jugar con tan solo cinco años; ya mostraba habilidades que los de su misma edad no tenían. Con el paso del tiempo lo incorporé a las divisiones infantiles y comenzamos a ganar todos los partidos con sus propios goles. Sin embargo jamás supe de padres o familiares que lo acompañaran. La mayoría están en cada partido, en la tribuna, pero no sucedía esto con su hijo, señor. Le adelanto que año tras año, gracias a Jonathan ganamos todos los torneos y, el año anterior, debido a su condición goleadora, lo mezcle entre los de catorce y quince años, y los pasea, se hace un festín, además de goles. Intercedió el entrenador, un tal José Donato Vella.

—Y, ¿a dónde llega todo esto?

—Llega al punto que directivos del club Boca Junior vinieron a verlo, pero Jonathan no mostró ni el uno por ciento de sus facultades. Fue una semana trágica. Ahora comprendo por qué, apuntó el presidente y agregó. Este club “ceneice” pretende contratarlo, pagarle los estudios y después, con el tiempo, si sigue siendo la estrella que es en Zapiola, seguramente podrá vivir con holgura y acceder una mejor calidad de vida. Existe una segunda oportunidad de prueba, dentro de un mes en la misma bombonera; por eso estamos hoy presentes. De todos modos será siempre bienvenido a nuestro club.

—Piénselo bien, Florentino, pues amerita todo un cambio; le garantizan escolaridad, pero no un sueldo, porque sería explotación de niños... usted debería radicarse en capital, conseguir trabajo, en fin, reorganizarse...

—Agradezco su interés, mi hijo hoy no está. Lo hablaré con él y veré que decide, contestó amablemente, los saludó y se fueron.

Cuando Jonathan llegó despedido por su madre y padre sustituto, un buen hombre por lo visto, lo abrazó fuerte, cenaron, lo vio más encendido, vivaz, que omitió contar sobre la visita de los directivos. Aunque después lo hizo y no mostró entusiasmo alguno; debía sopesar su propio duelo.

Era entendible. Además, jugar en ese club merecía un cambio radical que no estaba dispuesto a seguir, aunque seguramente Florentino olvido la existencia de Edelmiro Asturias, su antiguo patrón que no tendría reparos en contratarlo, además de la pensión, donde tantos años paso su vida. Su casa, fea, deshilachada, lejos de capital, tiraba de su psiquis como una yunta de bueyes. ¿Cómo hacer para dejar sus querencias si hasta el inconsciente estaba enraizado en el barrio y en Leonela, en la idea de que vuelva a ese sitio, principio y raíz de su amor por ella?

Por esa época del almanaque cursaba mayo, un mes extraño de lluvias y frío. El barrio era un lodazal inaudito (donde la

atmósfera húmeda estaba contaminada por la fetidez de los pozos sépticos inundados y de los peces) y salir con el carro era una odisea.

Lidiar con su trabajo, las changas esporádicas, la moral algo deprimida de su hijo y la escolaridad decayendo; parar el plato en la mesa consistía la misma diatriba de amor por Leonela, todavía sobrenadando aquel espacio vital como un corcho a la deriva.

Con poco que hacer salía tras su casa a pescar peces que de tanto comerlos costaba tragar. Cuando Jonathan cursaba la escuela salía a pedir pan oreado y facturas, yerba, azúcar, leña para su salamandra, ropa en Caritas y alguna que otra changa de albañilería. Con el plan Social paga impuestos, los que podía.

Por suerte escampo y el mes siguiente salió con mayor tranquilidad a cartonear, aunque se le sumó Jonathan; quería acompañarlo a todos lados. Incluso se negó por un tiempo a jugar fútbol en el club de siempre. Su lugar favorito ahora consistía viajar sobre el carro tirado por esa moto chillona, con el viento frío acariciándole su moreno rostro.

De manera que por un tiempo indescifrable los vecinos y la gente vieron enternecidos a ese hijo y padre andar los mañanas juntos. Jonathan ayudaba a doblar las cajas de cartón y las acomodaba con maestría en el carro; aprendió a discernir entre

cachivaches que servían para la casa y otros para la venta, como juguetes (a los que donaba a los pobres que veía), cables, botellas, electrodomésticos (que extrañamente la genta tiraba), y gracias a su pequeña y desinteresada contribución, sumaban más dividendos.

Verlo a Jonathan metido de cabeza dentro de los contenedores, sacando por ahí un trozo de piza comible y decir ¡esto está fresco, papi! o frutas enteras salpicadas con yerba mojada, las cuales limpiaba en su ropa y les daba de mordiscones, provocaba a su padre un dolor terrible, pero ¿qué podía hacer?

Por otro lado aparecía un grupo de niños que reconocía al crack de verlo en internet (videos viralizados en todo el mundo y que ellos ignoraban la magnitud), quienes le pedían selfies, besos y autógrafos; entonces los ojos de ambos se miraban risueños y Jonathan, entre entusiasmado y presionado por las circunstancias firmaba incluso hasta con brasas apagadas camisetas blancas, cuadernos, papeles o lo que en sus manos aparecía. Muchos se mostraban absortos del trabajo que desempeñaba y apuntaban contra su padre, más algunos compañeritos suyos pedían a voz en jarro volviera a la cancha.

Después de la escuela partían al basurero municipal, donde la poca gente allí deambulaba con otros ojos, adormecidos de

mundo, afables, melancólicos, un hoy de ropaje mohíno y uñas sucias, cada una como palas buscando lo oculto para sobrevivir.

De allí regresaban sucios, olorosos, con bártulos inauditos he inutilizables, que tenía el poder de engrosar un sector del terreno con artículos indispensables.

Para el día en que Leonela pasaba a buscarlo su padre lo tenía bañado, dándole unos pesos así gastar en el kiosco de la escuela y la tarea realizada. En término de tres meses Jonathan se dispuso cortésmente a vivir dividido entre sus padres sustitutos y el sanguíneo, pero, su mundo interior trepidaba, se estaba lentamente derrumbando por alguna razón que solo él conocía. Era orgulloso. Sufría, sufría aquella inexplicable separación de adultos desde el mismísimo primer día y él no quería sufrir, no sabía sufrir.

No obstante, trató siempre de mostrar el mejor semblante, la cara que ellos querían que viera.

Aunque Leonela, enfrascada en lo suyo, ignoraba la vida de chapucero que vivía junto a su padre, siempre mantuvo una buena relación con el niño y con Florentino. Tenía como premisa ser discreta en ese aspecto, así como lo dijo un pedagogo de la escuela, cuyo fin era evitar una alarma indeseable en la mente del niño. Pero el niño, que de alguna manera vivía su propio infierno,

un día cayó como plomo derretido a las gradas de sus arenas ardientes.

Apareció Leonela diciendo que Jonathan fue internado de urgencia en el hospital de niños Ricardo Gutiérrez, en capital. Que estaba bien, solo tenía picos de fiebre enigmáticos a cuadros comunes al resfrío, que los doctores estaban chequeando la situación. Pero a los pocos días comenzó a sufrir convulsiones, entró en coma y se le diagnosticó leucemia.

Fue la vez en que Leonela se apiadó de Florentino y lo contuvo como si aún fuera su esposo. Incluso se quedó a dormir en la misma casa que fue de ella un día. Por esa época también recibiría la respuesta a la carta que mandó a Santiago, cuyo exfoliante contenido sumósele a todo ese desconcierto brutal que era ahora su existencia, entonces creyó caérsele el mundo desde un lugar impreciso convertido en escombros.

CAPÍTULO XI

Al día siguiente, temprano en la mañana, Florentino partió hasta el hospital en el mismo tren en el que se enamoró de la madre de quien ahora estaba agonizando. Entro al imponente ejido en el aire, creyendo andar la pesadilla de un mal sueño. Preguntó en recepción si allí se encontraba un tal Jonathan Fuentes, rogando le dijeran que no, o que sí, pero le estaban por dar el alta, que solo sufría un resfriado.

Alguien le indicó el piso y un ascensor lo llevo a terapia. En efecto, allí estaba. Después de obligarlo a colocarse un traje antiséptico estilo apicultor logro sortear la puerta; todo era de un blanco nival, tanto paredes y cortinas como piso y mobiliario, en un ambiente oloroso a gasas y remedios, en medio de un ruido mecánico, rítmico, indicando máquinas de respiración asistida por todos lados.

Había muchos aquejados, pero la imagen de Jonathan, tieso en la cama, dormido insondablemente, con gomas en todo el cuerpo, no entraba en sus cabales.

Con todo el peso de la situación clavado en el pecho como hacha lancinante, se acercó hasta él, y cuando tomo su mano, sin

saber que decir, lloró por primera vez en la vida con lágrimas tan gruesas que mojaron su camisa.

Una enfermera le comunicó que podía hablarle sin problemas, pues, si bien estaba dormido farmacológicamente, el niño escuchaba. Sin mucho que decir, con la pera temblándole por la ofuscación del momento, conto sobre los dirigentes del club, de que tenía pensado radicarse nuevamente en capital para que se inicie en Boca Junior, que lo necesitaba mucho, más que el pan de cada día y lo quería con locura. A esto último, como respuesta simbiótica sintió un leve movimiento de las falanges y ello le devolvió el espíritu al cuerpo.

Al salir dialogó con el médico de guardia, quien lo interrogó por antecedentes de cáncer en la familia y otras cosas del estilo, a más le dijo lo que Leonela conto; las ampollas alemanas son las mejores, es un tratamiento que le devolverá la vida, sin ellas solo tiene una o dos semanas de vida, dictamino tácito. La alternativa era un trasplante de médula, pero el niño estaba lejos en la lista.

Salió con la suma del dinero del tratamiento taladrándole los sesos, como si tuviera un pájaro carpintero prendido en la cabeza. Siquiera la obra social de Leonela cubría en nada la quimioterapia, pero descubrió que dejó su trabajo para ser ama de casa de su nueva familia. Por tanto, si la necesitaba, no la tenía.

Telefonó a su ex esposa pidiéndole el favor al rey de los chacinados diera una mano para la salvación de su hijo, sin embargo, Leonela evadió la razón argumentando que Leopoldo Jarzak andaba inundado en deudas y no contaba ni con un diez por ciento de esa suma, que nada podían hacer más que ella cuidar de su hijo en el hospital. Lo conminó a que buscara esa suma por otro lado y por sus propios medios y, en plena discusión telefónica, Leonela, tajante, embarazada ahora de otro retoño, le imprecó que salga a robar si tanto quería a su hijo.

—¿Es que tú no lo quieres? ¡Cómo dices eso! Nuestro hijo se nos muere y ¿tú me mandas a robar? Si tengo que hacerlo lo haré, no te preocupes...

—Yo me preocupo, pero hasta donde dan mis manos. Puedo cuidarlo en el hospital, nada más...

—¿Cuidarlo? ¡De qué hablas si está en coma! Para eso están las enfermeras, la institución. Sal a robar tú también, ingrata...robemos juntos para salvar a nuestro hijo. Leonela cortó.

Llegado a su casa encontró sobre el piso, bajo la puerta, una carta proveniente de Santiago del Estero; se estremeció. En ella estaba estampada a fuego la caligrafía perfecta de su madre enunciándole que se alegraba de su nueva vida en Buenos Aires,

que sabía que no había muerto como creían cuando dejaron de buscarlo, y que todo era distinto entonces por allí. En resumen, contaba que su padre había partido al más allá debido a complicaciones con el alcohol, que dos de sus hermanos vivían en provincias del interior y que sólo quedaba en el rancho Raimundo (uno de sus hermanos) y ella, pasando algunas penurias. Que ni bien hiciera un dinero viajaría de inmediato a conocer su nieto.

En ese mismo instante golpea la puerta José Donato Vella junto a unos niños del club. Sabiendo la fatal situación, descartando otras opciones, teniendo la colaboración de los niños y del club, dispuso realizar una colecta solidaria, primero puerta a puerta, después en los medios sociales. Había que reunir el dinero a como dé lugar. El entrenador fue optimista, ya que de alguna manera Jonathan había ganado cierta fama y la gente se apiadaría, dijo, porque, si algo tiene el argentino es ser solidario.

Estuvo de acuerdo, aunque Florentino optaría por otros caminos con tal de llegar a un mismo fin. Una colecta podría durar meses, su hijo, quizás, moriría mañana mismo.

El grupo directivo acompañado por amigos de Jonathan y propagandas en radio local, con pequeñas urnas de cartón, primero recorrieron Paso del Rey tocando puertas, rogando colaboración, pero recibían migajas. Luego se plantaron fuera del

hospital portando pancartas y alguno que otro, con tal de llamar la atención, utilizaban bombos. Tampoco lograban demasiado, aunque los pocos que se acercaban reconocían al niño de las fotos. Era algo alentador. Por otro lado, un canal de televisión, necesitando llenar su espacio con temas solidarios, entrevistó en la calle a Donato Vella, ampliando la difusión.

Mientras tanto, Florentino, deseoso de hacerse ya del dinero, visitó a un malandra de la zona y le planteó la situación. Este era un cuarentón semicalvo de virtud sospechosa, conocido por nadar en dinero sin tener trabajo, dueño de un par de casas que alquilaba, un vehículo caro, motos varias, cadenas y anillos de oro. Conocía de vista a Florentino de verlo andar con su carro repleto de cartones y chucherías; fue quien le había regalado el computador.

Solía ser solidario con los pobres, pero no con los ricos siquiera de su barrio. Se había iniciado como punga, y lo seguía siendo pero como organizador y maestro; tenía unos cuantos aprendices en varias estaciones de tren de aquel ramal directo a capital. Lo más suculento de su pecunia provenía del asalto a viejos o familias acaudaladas, con los cuales, enharinada las narices, entraban a *rompe y raja*, maltrataban a todo el mundo hasta que partían con todo; oro, planta, electrodomésticos, etc...

Esa vez tenían en la mira a un ejecutivo de una empresa en Capital; todos los meses depositaba en un banco lo menos un millón y medio de pesos para pagos de sueldo. “Siempre hace cola el muy boludo. No sé por qué el gerente no lo cita a su despacho; una pena, este mes lo asaltaremos, Florentino. Será algo fácil.”

—Tu causa me conmueve, reflexionó tomando un largo sorbo de aguardiente, esnifando lo que parecía talco o algo así. Pensé iniciarte como punza, para que se te adiestre el instinto y las manos, pero no hay tiempo. De modo que te uniré al pelotón de asalto y recibirás doscientos de los grandes gestás de acuerdo?

—¡Sí! Claro que sí, dijo algo titubeando, pero lo realfirmó tres veces para que no se le notara en el alma su claro rechazo a estos métodos.

—Bien, tendrás que manejar una moto común, de esas con cambios; ira contigo el mismo que asaltará al gerente en la calle. Nosotros estaremos dentro de un auto, cubriendo sus espaldas. Más tarde daré instrucciones y presentaré a los cuatro que integraremos el asalto. No temas, tengo la policía arreglada...

Por la noche, tal como dijo, se reunió con los delincuentes, gente joven, viciosa, de principios ásperos, quienes aborrecían al millonario o a cualquier pudiente por el solo hecho de ser exitosos; una estupidez. Estos inculcaron a Florentino no tuviera

piedad con ellos, que los tratara como a insectos y otras cosas que festejaban con rondas cortas de alcohol, cigarrillos y droga.

Por suerte fue una reunión lacónica del cual solo brindo una vez, desechando drogarse por cuestión obvia. Ninguno cuestionaría aquel tan amable rechazo.

Por la noche, de madrugada, un motoquero pasó a recolectarlo por su casa y siguieron un vehículo caro de vidrios polarizados hasta capital; lo manejaba el ideólogo. Llegaron hasta un banco conocido y esperaron. Antes que este abriera sus puertas, algunos jubilados y otras personas comunes comenzaron la fila tras la puerta vidriada, sobre la vereda. Pronto reconocieron al ilustre ejecutivo, indubitable en su traje negro, peinado a la gomina.

Era un día prístino, las calles olían a cemento mojado, café y a pan recién horneado. Los rayos de sol dejaban en claro que el joven hombre pertenecía a otra estirpe humana, distinta a la de ellos y los de otros, con su tez transparente, zapatos charolados, orejeando el celular a cada rato; un maletín de finísimo cuero negro sopesaba en una de sus manos. Nadie supo darse cuenta que lo tenía entrelazado con grilletes al mango.

Cuando al conductor de la moto le dieron directivas de actuar, este, un joven sumido en un éxtasis de orates, dejó a

Florentino y se precipitó al sujeto a cara limpia, apuntándolo con un arma pesada, pidiéndole y repitiéndole en su idioma “¡la guita, loco, o so boleta!”, desplegando, además, una violencia inusitada que alteró el tranquilo y aromatizado aire de aquella mañana soleada.

Ante la agresiva escena, los viejitos jubilados y otras personas, espantados, corrieron a perderse olvidándose, incluso, hasta las muletas, mientras el delincuente trataba en vano de sacarle el portafolios, adosado a la mano del asaltado.

En el forcejeo, el empresario, lívido ante la apremiante situación, cayó al piso y ya era arrastrado como bolsa por la vereda, cuando de la puerta del banco, alarmado por la escena, sale un policía blandiendo la voz de alto y ante la negativa, efectúa disparos en dirección al delincuente, quien, asestado, traspasado por los diligentes plomos, da un par de patadas al aire y queda tieso.

Desde el automóvil, sus coetáneos bajaron los vidrios y descerrajaron unos cuantos tiros en dirección al policía, lo cual hieren una de sus piernas, pero, en el piso, de rodillas, este efectúa otra perdigonada letal, acertándole al conductor; el mundo se detuvo en ese instante de segundos eternos.

Espantado hasta la desesperación, con el dedo del susto metido en la puerta de su baja espalda, Florentino, que tenía la

moto en marcha, pone un cambio cualquiera, luego otro y otro; sale despavorido (una moto que no sabía bien usar) a velocidad suicida.

Tal era el miedo de que alguien lo siguiera o fuera alcanzado por un disparo, que la paso mirando hacia atrás, justo cuando cruza un semáforo rojo y lo enviste de pleno un colectivo de línea. Entonces un ruido de chapas abolladas y vidrios rotos estremeció de pronto el reciente escenario del asalto, dando lugar a otro suceso fortuito: Florentino salió despedido por el aire como piedra de catapulta, para caer en la otra esquina, dando la cabeza contra el cordón de una vereda.

Por suerte llevaba casco, aun así este se hizo astillas, dejando en evidencia un hilo de sangre corriendo por la comisura de la boca y uno de los oídos.

Al instante, como surgidas de debajo de las baldosas capitalinas, se congrego varias patrullas policíacas, quienes se hicieron cargo de la situación y apresaron a los delincuentes del auto cuando intentaron huir. Detrás, legaron también dos ambulancias del SAME para asistir a los heridos.

No obstante, el accidente de la esquina quedo como un hecho extraño, pues, nadie lograría asociarlo con el asunto del asalto; una dotación de profesionales de la salud ajustó a una camilla de

madera al moribundo Florentino, colocó suero y cuello ortopédico, pero antes de que se lo llevaran el mismo policía herido identificó al sujeto como uno de los malvivientes que intentó escapar.

Así que Florentino fue llevado de urgencia al hospital de clínicas, con escolta policíaca por sospechoso.

CAPÍTULO XII

Al mismo canal de TV que cubrió en parte la colecta del pequeño Jonathan, les llega la jugosa noticia de que el propio padre había sufrido un grave accidente en situación de robo. Aunque las fuentes aún no eran del todo fidedignas, el caso fue presentado en pantalla como una jugosa primicia: “El padre de un niño, que agoniza en el hospital de clínicas, sale a robar para pagar su tratamiento y ahora esta grave, a punto de morir” ampliaremos.

La buena nueva se regó en capital y en el país como un baldazo de piedras, acrecentando por un lado la furia de los que desprecian la delincuencia y atizando la susceptibilidad de otros, aquellos que colaboraban con la causa del niño y todos, quienes conocían la realidad.

El canal envió de inmediato a un avezado corresponsal en la búsqueda de datos fehacientes, el testimonio de alguien que corroborara aquella crónica, cuyo slogan se deducía por decantamiento. Primero fueron al hospital y pidieron el parte del accidentado (siguiéndolo por un tiempo), los que resultaban desalentadores. Lo mismo hicieron con la salud de Jonathan,

manteniendo aquellos dos frentes activos, taladrando la sensiblería del televidente con argumentos dignos de dramatismo: Presentaban videos del niño rescatados en internet donde evadía adversarios haciéndolos tragar césped, realizando caños, jugadas estratégicas y goles imposibles a su edad, contrastándolas con la agonía ahora de ambos; rematando las imágenes en una síntesis que hacía pensar al ciudadano a favor del dolor y la cordura; “¿Vale la pena robar y morir en el intento para salvar a un hijo?”

Estas escenas se viralizaron como epidemia, llegando, incluso a un sector de Europa y después al mundo.

Más tarde, un club importante de futbol, tomaría el caso muy en serio...

El jefe de policía, cuando fue entrevistado, dijo categórico que dio por fin con un grupo de importantes delincuentes investigados desde antaño, el cual su líder había perecido... que del señor Florentino Fuentes nada sabía, este carecía de antecedentes y no estaba en su lista de sospechosos regidos por el líder.

También entrevistaron al director técnico del club del niño, quién, a pesar de todo, seguía al frente de la colecta fuera del hospital, sonsacándole nada importante, solo sentimientos de

compasión hacia el pobre Florentino; “lo que haya hecho, esta en su consciencia y deberá pagar ante la ley. Habremos de escucharlo cuando despierte, si es que lo hace, aunque si estuviera en su lugar, hubiera hecho lo mismo”, sintetizó.

Cuando el reportero golpeó la puerta donde residía Leonela Altuna, de quien se esperaba verla hecha un paño de dolor o lo menos con gestos de misericordia por el estado y la situación de ambos, sus evasivas y la evidencia de un claro mutismo reavivó las llamas del entrevistador y después, del espectador. Al parecer, estaba avergonzada, pero más que ello desentendida de los integrantes que habían sido su familia y, a la pregunta picajosa, pero real “señora ¿porque no ve a su hijo en el hospital? ¿Sabe que le queda poco de vida? cerraba la puerta con un fuerte golpe seco. Quizás, el miedo a ser señalada en la calle o asociada a un supuesto delincuente, termino por trastornar la mente de la señora; pero su hijo, su sangre ¿cómo entenderlo?

En esos días, esperando una explicación racional, se montó guardia periodística frente a su casa. Una mañana, sin previo aviso, salió un ser obeso, semicalvo, con nariz y ojos color fuego, el cual, sin medias tintas imprecó a los profesionales con palabras de filibustero, rompió cámaras y hasta repartió empujones y cachetazos. Y así, como una tormenta de verano, este señor

Jarzak, se encerró dentro de la residencia, dejando en el aire el estallido de trueno de otro portazo.

De todos modos, en aquella semana crucial de vida o muerte donde aconteció un milagro, no se notó la ausencia de Leonela; tanto directivos del club Zapiola como padres de niños compañeros de Jonathan y gente ajena, solidaria y sensible, alternaron la vela de estos dos seres. Sus oraciones encadenadas surtieron efecto.

Las imágenes llegaron rápidamente a ojos de Marta Torres, allá en Santiago del Estero. Tenían un televisor blanco y negro que sintonizaba un solo canal, la repetidora local, con una antena de aire muy antigua, pero funcional.

Era aquel un rancho de adobe y paja enclavado en medio de unas pocas hectáreas bastante productivas, propiedad de un señor del interior. Una calle vecinal de tres kilómetros de largo unía la propiedad con el diminuto pueblo.

Allí Marta y el único hijo que había quedado después de un exilio obligado, labraban la tierra para el sembradío, criaban algo de ganado vacuno y de ordeño, además de cerdos, gallinas, patos y ovejas. Entre otras tareas rurales chacinaban gordos porcinos en invierno y tejían talares el resto del año; todo para beneficio del propietario.

Del jornal, como si estos fueran socios, se descontaba alquiler de la vivienda, luz he impuestos, vacunas y pérdidas por muerte de animales, suministro de agua potable, insumos de fumigación, etcétera. Este hombre denominado “patrón” era considerado por los fundos y la comarca entera como un déspota despiadado; llegaba todos los meses subido a su flamante cuatro por cuatro color negro azabache, sin saludar hablaba tres o cuatro frases ásperas, luego recibía el dinero de las ventas del ganado y del ordeño, que ellos guardaban en un cofre, descontaba del sueldo hasta los centavos más insignificantes y enseguida partía sin mirar atrás.

Con lo que les quedaba jamás llegaban a fin de mes. Por ende, debían recurrir a la solidaridad del municipio, que les entregaba un plan social (muy de moda en países con crisis) más una caja con baratos productos comestibles. La ausencia de su esposo obligo a Raimundo Fuentes, uno de sus hijos mayores, hacerse cargo de las tareas pesadas, mas algunas administrativas y de dinero por venta de ejemplares, mientras Marta, voluntariosa y aún energética, deambulaba como leona haciendo el resto de las faenas.

—Es nuestro Florentino el que está agonizando y también mi nieto, por Dios, Raimundo ;debemos ir! Y ¿esa mujer que eligió como esposa, que le sucede? ;Ah, no!!

—Pero, madre ¿cómo lo haremos? No tenemos dinero. Alguien debe quedar trabajando aquí... El dueño es impiadoso, nos echaría a la calle si nadie atiende sus tierras.

—El dueño me interesa un rábano; lo que cuenta ahora, es nuestra sangre. Tú tienes el dinero de unos terneros que le vendimos al viejo, con eso viajaremos.

—Nos despedirán...

—Ese ya no será nuestro problema, hijo. Lo solucionaré. Déjalo en mis manos.

Antes de empacar las maletas, Marta, se llegó hasta el pueblo y visito la casa de un barrio precario donde vivía una familia de chilenos complicados, parientes sanguíneos de su fallecido esposo; todos apellidados Fuentes. La sola familia, entre hijos, nietos y entenados, criaba y alimentaba al menos doce chiquillos. No se hablaban desde hacía años, de modo que la recibieron con el ceño fruncido, pero la escucharon con atención. Le espetó una propuesta comparable al acierto de un billete de lotería, el cual, no pudieron ni quisieron rehusar.

De allí se fue tranquila y con Raimundo tomaron el primer micro hacia capital; mientras tanto, esta familia en cuestión, también empacaba sus cosas y se disponía a residir en el rancho que Marta dejaba atrás, con ojos lagrimosos.

Más tarde, pasado unos cuantos meses, ahora en Capital, supo Marta del efecto de su acierto.

Cuando al mes siguiente el dueño regresó a su latifundio reclamando la paga habitual, se encontró ante una familia que no era la de siempre y les pidió desalojaran el rancho, su propiedad, de lo contrario tendrían problemas legales. Lo atendió el padre de la caterva de hijos y nietos (a quien conocía y supo desarrollar tareas en su campo), un chileno bravo en serio, un ser enemistado con la ley de los ricos y su altanera arrogancia, quien lo conminó a que hiciera lo que le diera en ganas. Aseguró recibirlo también con respuestas legales y, si hiciera falta, a los tiros...

El dueño, encrespado, llevó la situación hasta los dominios de un abogado amigo; este encuadró el asunto como usurpación de la propiedad privada.

Los Fuentes pusieron su propio magistrado y no hubo forma de corroborar que estos fueran ilegales; eran familiares directos del fallecido capataz y, por ello se sabían viviendo en el rancho por más de veinte años.

Como indemnización requirieron un dinero tal, que su dueño terminó por cederle las catorce hectáreas y hasta su camioneta. No alcanzo a sacar un par de novillos porque lo recibieron con balazos de escopeta al aire.

No obstante, Marta y Raimundo, cuando llegaron a capital fueron directo al hospital de Clínicas donde agonizaba su hijo. Se encontró con la misma historia que mostraba la televisión, sin poder tragar el panorama de un policía hermético haciendo guardia en la puerta.

El director del nosocomio advirtió a la madre de Florentino la grave situación del muchacho; traumatismo craneal con pérdida de masa encefálica, falla de órganos vitales, inducción a vida artificial...

A Marta no le salía el llanto debido al asombro por el estado en que se encontraba su hijo, y la paso todo el tiempo con un gesto de incredulidad, la vista perdida en el hospital y en el pasado, contenida en el tiempo de cuando la saludó por última vez con la promesa de llevarle bombones y, ese abrazo último, fuerte, definitivo. Raimundo también estaba muy triste.

De allí partió a conocer su nieto, encontrándose primero con adolescentes bajitos he innumerables padres blandiendo pancartas; se presentó ante el director técnico, estallando este de felicidad y, a su vez, de congoja.

—Agradezco al cielo, señora, su presencia: usted no sabe las hecatombes que venimos pasando con este tema...

—No se preocupe, amigo, se más de la cuenta, estoy muy bien informada y agradezco enormemente su compromiso. De ahora

en adelante me are cargo de los míos, contesto Marta, con los ojos humedecidos.

—Pero, la apoyaremos; no va a estar sola, de eso estoy seguro. Hay mucha gente buena detrás de todo esto.

—En buena hora, pues...

Más tarde dispusieron a tomar un café muy cerca del hospital, porque Marta quería conocer algo más íntimo sobre la vida de su hijo en Paso del Rey; su actividad laboral, su barrio y esposa, y así pudo escuchar gran parte de todos esos años que Florentino estuvo lejos de Santiago, mientras ella, en reciprocidad, también conto la suya viviendo en el norte con sus devenidos detalles.

Dado el primer paso al hospital de niños comenzó a gestarse un milagro. Como no se podía entrar a terapia en grupos, lo hizo Raimundo y después Marta. No le conocía fisonómicamente; las imágenes de televisión mostraban siempre a un niñoito ensimismado tras el balón, pequeño y escurridizo.

Su primera reacción fue de un asombro tal que casi cae de rodillas; era tan parecido a su hijo que creía haber retrocedido en el tiempo. Cuando sale y charla ahora con el medico encargado del turno, este no pudo completar el desarrollo de la enfermedad ya que lo llamaron con suma urgencia por altoparlante.

Al instante regresa con la novedad que había aparecido una médula compatible con su grupo sanguíneo y debía firmar la operación.

De inmediato se llevaron al pequeño a cirugía y, horas después, el niño volvió a terapia, pero con médicos y doctores sonriendo, ya que no tenían dudas de su recuperación. Todos allí estaban muy conmovidos: una enfermera se santiguaba, murmurando a su abuela que ese chiquito tenía el futuro asegurado, uno hermoso.

Mucho no entendía, pero igual se lo agradeció.

Por otra parte, se llegó el técnico, loco de alegría, saltando en una pata, junto a chicos y padres que tanto habían velado por él.

Se tomaron un tiempo para deliberar sobre la recolección del dinero, que casi llegaba a la cifra estipulada del tratamiento y dedujeron al instante que se lo entregarían a la abuela, pues, ella, sin ninguna duda, era el artífice del milagro.

Marta se negó rotundamente, argumentando no pertenecerle, que se hiciera una obra de bien o algo por el estilo, pero tanto insistieron que debió tomarlo. La verdad había llegado con una mano atrás y una adelante, estaban sin trabajo, necesitaban comer, instalarse, viajar a diario para velar por Florentino y ahora su repuesto nieto, reorganizarse.

Por suerte contaban con la casa de su hijo, que había quedado vacía un tiempo largo y le había crecido telarañas.

El técnico, que andaba en vehículo, se encargó de llevarlos hasta la residencia, pero antes los paseó por el barrio y también conocieron el club. Al ver la casa por fuera se horrorizaron; era una pocilga, un antro de chapas, repleto el terreno con desperdicios sin valor y lleno de pasto agreste, humedad y polvo. Pero enseguida comprendieron lo duro y caro que era vivir allí, comprar un terreno, armarse algo siendo pobres, distinto al norte de la patria donde un rancho se hace con palos, alambre, barro y paja y pintado, después, queda vistoso. Materiales que abundan gratis en la tierra adentro.

Cuando entraron a la casa sintieron un extraño calor familiar, como si hubieran vivido allí desde que se colocó el primer ladrillo, y mientras reconocían cada rincón, oteando fotos sobre repisas, pisando pisos de tierra y de ladrillos, tocando los muebles con la punta de los dedos, Marta respiró, se llenó de su hijo y entristeció ;pobre hijo mío!

En tanto Raimundo, alucinado, se sienta frente al computador, lo encienden y ambos recorren en fotos y videos algo de la vida que ya les había contado el técnico, reconociendo con mayor intimidad a Leonela...

Algo raro vio Marta en ella, en su semblante, en sus ojos sesgados y rojos y, juró no intentar conocerla ni pedirle absolutamente nada, pues no sabía si matarla con sus propias manos o con algún arma.

Se enteró, también, que estaban divorciados y que Florentino tenía la tutela del niño. De modo que ahora se convertía, automáticamente, en abuela adoptiva. No entraba en su cuerpo de felicidad.

Jamás imaginó que su sola presencia torcería el rumbo de los acontecimientos con una sucesión de milagros que recién comenzaban.

CAPÍTULO XIII

A las dos semanas de instalada allí, un día regresa en tren junto a Jonathan, su querido nieto, para vivir lo que creían una larga vida en Paso del Rey.

El técnico, Donatto Vella, eufórico, organizó una fiesta en el club, cuya noticia se regó en todo Buenos Aires, para la cual no faltó asado, cidra, gente exultante de alegría, más la presencia de un cantante popular que, sabiendo el caso y conociendo el gusto por el folclore de la familia, apareció para deleitarlos *ad honorem*.

No faltó el periodismo ni un canal que entrevistara a todos, más aún a su abuela, salida de debajo de la tierra con un pan bajo el brazo, como decían. En esa oportunidad, Marta, conoció a un tal Felipe Quiroga, quien se sentó a su lado y la paso contándole al detalle cada una de las aventuras y desventuras de su hijo y nieto, además, cuando Florentino llegó a quedarse para siempre en Paso del Rey y cartoneaba y recolectaba peces para sobrevivir, estallando a veces en risas y otras de asombro y de espanto.

Jonathan, convaleciente, pero firme ahora en sus piernas, poco a poco fue adaptándose a su nueva familia y con el tiempo,

recuperada su energía, el color en la cara, el cándido brillo en sus ojos, volvió a la escuela y al club.

Aunque algo desvalido emocionalmente, pues su padre llevaba tres meses en coma sin mucha posibilidad de sobrevivir, logró sortear los obstáculos presentes y lentamente se acomodó como pudo en la casa, junto a su tío y abuela. La tarea de contención resultó una odisea para todos, aunque su estadio de convalecencia, soportando la espera del trasplante logró madurarlo un tanto, revelando una novedad que conto a su abuela y, ella casi se desmaya.

Le dijo que ya la conocía, que la vio en sueños; le conto sobre la trampa pergeñada hacia su malvado patrón y le dijo que tuvo éxito, que los Fuentes se quedaron con el rancho. No podía creerlo ¡pero como sabes eso, niño! Expreso tomándose la cabeza.

También vio patente la gestación y ocasión de robo y el accidente en la esquina, contándole que papi no pretendía hacerlo, que lo llevo su maldita enfermedad, el dinero que necesitaba.

Esto se trataba de otro milagro, decía Marta, algo místico, por cierto, muy parecido a una película llamada “El cielo es real”, sólo le faltaba conocer a Jesús.

Lo anecdótico del caso es que tanto tío, como abuela y nieto, se adaptaron tan firmemente a la nueva vida que pronto pasaron

a disfrutar el día a día como si se hubieran conocido desde siempre.

Con casi once años el niño se manejaba prácticamente solo, de modo que partía a la escuela junto a unos compañeritos del barrio, mientras el tío Raimundo reciclaba, acomodaba y pintaba la casa y, Marta se disponía a tejer sobre una máquina overlock que yacía abandonada allí, antes propiedad de los bolivianos, hoy presos.

Cuando ya estaba por cumplirse un año del estado vegetativo de Florentino, los médicos hablaron seriamente con Marta sobre la posibilidad de desconectarlo. Con la prudencia del caso, le explicaron que así, de forma mecánica, viviría toda una vida, más el estado se negaba soportar los gastos de internación y tratamientos diarios en pacientes irrecuperables.

A Marta, la noticia le cayó en el cuerpo como una catarata de yunques, y si bien los doctores le habían puesto fecha a la desconexión, su mente no dejaba de visualizar al niño que fue cuando nació, cuando partía a la escuela del pueblo, el que era cuando se fue de la casa en Santiago y llegó aquí, ahora, para morir. ¡No, diosito, no! ¿Qué has hecho de mi hijo? Rezaba, balbuceaba...

El día de la desconexión se realizaría dentro de un mes, justo a las cinco treinta de la mañana, antes del amanecer.

Firmo, estuvo de acuerdo a regañadientes. Preguntó luego a los profesionales el porqué de esa hora caprichosa, más, le respondieron que se trataba de una quimera en el que, si la medicina debe actuar de verdugo, su alma desprendida encontraría sosiego y la luz divina justo en ese momento de la alta noche, según la fe cristiana adaptada a la medicina.

Contarle esta decisión al niño no resulto tarea fácil para su abuela, de manera tal que el médico responsable de la desconexión aconsejó ese mes llevarlo a un terapeuta, para que prepare a Jonathan psíquicamente.

Por suerte el profesional supo conducirlo y, el niño, de alguna manera lo fue comprendiendo, hasta que llegó el día, es decir la madrugada en el que desconectarían a su padre y, no lo pudo soportar.

Estaban reunidos unos cuantos íntimos amigos y otros del barrio de Paso del Rey, incluso hasta su viejo patrón, don Edelmiro Asturias, para darle el pésame. Entre las cinco y cinco treinta todos tuvieron oportunidad de despedirse de Florentino, asique primero lo hizo Raimundo, quien salió envuelto en

lágrimas, luego Marta y por último Jonathan. Uno a uno, después, pasaron a besarle la frente...

Jonathan había pasado todo ese año viéndolo dos veces a la semana y contándole las noticias que se perdía estando en la cama; lo vivenciado en la escuela, en el club, en la canchita del barrio. También la remodelación de la casa, la actividad de su abuela cocinando en overlock, la gente que le manda saludos y lo esperaba con cartones guardados exclusivamente para cuando se recompusiera “y ahora esto, padre mío: te dejan ir ¡¡No!!” dijo abrazándolo fuertemente “¡no quiero, no, no, no!” repitió sollozando, después llorando a mares hasta que intervino Marta, quien lo estaba vigilando desde la ventanilla y ya intuía una reacción de ese tipo.

Costo un siglo desprender al niño del cuello del padre, lánguido en la cama, inexpresivo, el pecho frío, gris ceniciento. Pero enseguida lo desenchufaron y Jonathan y varios allí pidieron verlo a través de la misma ventanilla que tenía el sector de terapia intensiva.

Lo que vieron no se lo esperaban; al sacarle el respirador, Florentino, en el intento mecánico de tragar aire se sentó en la cama, tiro la cabeza hacia atrás, el pecho hacía delante y se escuchó, claramente, un sonido gutural, como de mazazo en la

tierra, que acabó por acostarlo nuevamente y para siempre en la cama, con las manos extendidas como un Cristo y los ojos abiertos, sin poder mirar.

—¡Esta vivo! ¡Papi está vivo, abuela!... ¡Abran la puerta, abran, abran, abran! gritaba, pataleaba, reclamaba, maldecía (porque lo retenían de los hombros), hasta que le abrieron la puerta y comprobó la realidad más dolorosa del mundo.

—¡Lo mataron, lo mataron, nooo...! ¡Mataron a papi! concluyó y ninguno de los reunidos, siquiera los profesionales presentes, tan acostumbrados a los decesos y a las crudas despedidas, lograron evitar entenderlo sin lágrimas, sin emocionarse...

CAPÍTULO XIV

San Sebastián, España. A un tal Joking Aperribay le llega la novedad del fallecimiento del padre del niño que tanto se hablaba en Argentina. Fue un comentario realizado a vuelo de pájaro por Eusebio Sacristán una mañana antes de entrenar a su equipo de la Real Sociedad.

La noticia quedo bailando en su cerebro por unos minutos como trompo sin cuerda, hasta que se dignó a buscar información en internet. Andaba algo melancólico por un asunto familiar, y en esas instancias solía indagar la web en busca consuelo. Puso el nombre del niño, ya que lo sabía de memoria, pero nunca lo había visto, entonces se despliegan unos cuantos videos en Youtube grabados con cámaras de teléfono, y por poco cae de espaldas de emoción y encanto.

Sin poder creer como se desenvolvía ese niño en la cancha, idéntico a un crack en su infancia llamado Messi, saca la cabeza por la ventana y descerraja un grito pelado hacia la cancha, donde estaba Eusebio con un grupo de muchachos haciendo abdominales.

—¡Ven aquí, giripollas! Ven urgente o te despido...

—Pero que pasa, coño., respondió el técnico algo extrañado.

—¿Qué? ¿Qué pasa? ¿Has visto jugar a este muchachillo, Jonathan? Es un diablo...Dijo y coloco un video comparativo con uno de Messi a su misma edad.

—¡Hostias, claro! Respondió este mirando a la cara a su presidente. Entiendo, yo mismo viajaré a Buenos aires y regresare con ese niño, aunque sea de la oreja.

—Trae al chico y si hiciera falta contrata toda su familia; tienes carta libre para hacerlo; si no, me alcanzas tu renuncia.

Y así es como seis años después, cuando debuta en primera división en España y la Real Sociedad le gana un partido crucial al Real Madrid, Jonathan, fibroso, atlético, una zaeta negra, hace el único gol ganador...

Resultado fantástico: toma el balón a media cancha, pelea la posición frente tres aguerridos adversarios enfrentándolos con firmes piernas y muslos, y, entre maromas argentinas, algo maradoneanas, un taco audaz los deja desairados y enseguida corre en dirección horizontal hacia el arco. Elude dos rivales más amagando con maestría su cintura dorada, y cuando vislumbro un hueco entre el portero y su posición de pájaro, pateo una bola rasante, asesina, mortal, donde la red se infló como globo de cumpleaños y el público estalló...

Cuando va a festejarlo se para frente al palco donde estaba su abuela junto a Raimundo, se desprende la camiseta blanqui-azul y queda con otra con la cara de su padre, el cual la estira y besa y, después, señala al cielo...

El público, sabiendo su historia, vitorea: "¡Florentino! ¡Florentino! ¡Florentino! en un eco divino, una ola sin mar que trasvasaría el tiempo.

ÍNDICE

CAPÍTULO I.....	5
CAPÍTULO II.....	7
CAPÍTULO III.....	11
CAPÍTULO IV.....	25
CAPÍTULO V.....	37
CAPÍTULO VI.....	51
CAPÍTULO VII.....	63
CAPÍTULO VIII.....	71
CAPÍTULO IX.....	81
CAPÍTULO X.....	89
CAPÍTULO XI.....	99
CAPÍTULO XII.....	109
CAPÍTULO XIII.....	121
CAPÍTULO XIV.....	127

IMPRESO EN CIVILCOY
Tirada inicial: 200 ejemplares

La literatura es lectura y si me apuran digo que hasta la escritura es lectura. Uno lee como escribe. Pero sobre todo la literatura existe tal como la leemos, nunca de otro modo. El ser humano es un lector constante, en todas las disciplinas, a lo largo de su historia, de su triste existencia, de sus crueles vicisitudes (¿sinónimos?), se ha dedicado a hacer la peor de las lecturas posibles sobre su vida en armonía con el universo. ¡Qué duda cabe, somos de los peores lectores!

No obstante, la literatura está supeditada a una serie de valores, reglas estúpidas, pensamientos incomprensibles. (Jorge Luis Borges es el ejemplo mas grande de lo imbécil que es la literatura leída por los argentinos). Por eso, propongo una lectura sardónica e intensa, como merece esta excelente novela borderline, este texto barrerista que arrastra con cualquier concepto. Aventuras, peripecias, amor, desencanto, los mismos elementos argumentativos y estéticos de un Shakespere de las pampas. La literatura es ante todo aventuras y qué mejor aventura de la un provinciano que se lanza a Buenos Aires, pasando por delitos, trabajos miserables movido por el amor más puro: su hijo.

A disfrutar!

WASHINGTON CUCURTO

